

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707

OFICINA mi casa de
habitación N° 2730
BARRIO: LA California
Av. 1^a Calles 27,29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI
Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XV

San José, C. R., Domingo Enero 27 de 1946

No. 672

Iglesia de Lagunilla de Heredia



PRIMERA COMUNION DE LOS NIÑOS VERIFICADA EL
8 DE DICIEMBRE DE 1941

EDITORIAL:

De: "Ecuador Franciscano"

Es necesario que nuestra vida tenga una orientación, un sentido bien definido, en una palabra. UN IDEAL.

Como criaturas racionales que somos, en todos nuestros actos, debe primar un ideal que sea la causa y razón de todo lo que hacemos, si no queremos pasar miserablemente nuestra vida formando parte del número inmenso de la mayoría, encerrados en una ridícula vulgaridad.

El ideal noble es la vida y el origen de nuestros actos, luz que indica el camino de nuestra existencia, fuerza que vence los peligros y dificultades que encontramos, fuego divino que enciende y aviva nuestros entusiasmos aun en los momentos de desaliento y de combate.

Del ideal que nos hayamos propuesto seguir en nuestra vida, depende la nobleza o vileza de nuestras obras. Tenemos un ideal noble elevado, perfecto; nuestra vida naturalmente producirá frutos nobles, elevados, perfectos.

Según estos principios examinemos brevemente la vida de la mayor parte de los hombres y vayamos deduciendo, por las obras que parecen y pueden apreciar nuestros sentidos, cuál es el ideal que se han propuesto la mayoría de los mortales.

Algunos parece no tienen otro ideal en su vida que el de los animales irracionales; todo es materialidad, todo es egoísmo, todo es gozar los placeres de aquí abajo, aunque sean degradantes y humillen: vestir bien, comer mejor, dormir mucho, divertirse todo lo que puedan. De la mañana a la noche parece que estos degradados no tienen otro pensamiento; para eso trabajan, para eso acumulan riquezas, para eso se fatigan. ¿Qué pensamiento noble, qué idea salvadora, qué sentimiento heroico podemos encontrar en estas almas? ¿De esta clase de la sociedad saldrán los salvadores de la Patria?; y, téngase en cuenta que este es

el famoso programa del tan decantado Socialismo y Comunismo: Tener mucho, para gozar mucho; quitar al que tiene para malgastarlo cuanto antes en sus vicios y placeres; por eso es que el Socialismo y Comunismo son contrarios a la misma naturaleza humana; por eso es que en estos falsos sistemas se condena la propiedad privada y se borran las fronteras de las naciones; con semejante ideal qué le espera al mundo?

Fijémonos en la juventud en cuyas manos quedará el día de mañana, la suerte de los pueblos. ¿Qué ansía la mayor parte de los jóvenes de la actual sociedad humana? El goce fementido de todos los placeres; si se estudia es para obtener un título y ejercer una profesión que le va a rendir mucho dinero y con el vivir lo más cómodamente que pueda. El ideal de formar un hogar en el que se desplieguen todas las actividades para la felicidad de los suyos, el sacrificarse por el deber, por la Patria o por la Religión, no entra en su programa; para ese joven no hay hogar, no hay familia, no hay padres, no hay Patria, no hay Religión; encerrado en su grosero egoísmo no tiene otro móvil que el propio yo, el propio contentamiento y nada más.

Si volvemos los ojos a las jóvenes de hoy

ACCION DE GRACIAS AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

De todo corazón doy infinitas gracias al Corazón Divino de Jesús por haberme curado una hijita.

Irene Jiménez de Chacón.
Alajuela.

dió su proceder no es más consolador. La joven no vive sino de ilusiones; vestir bien, adornarse de lo mejor, conquistarse la simpatía de los demás, seguir con todo rigor las exigencias de la moda; ese es su ideal, para eso viven; sus pensamientos, sus preocupaciones no tienen otra norma; hay algunas que ponen todo su empeño en ser lo más casquivanas que pueden y así se les pasa los más floridos años de su vida, y en eso gastan las más grandes energías de su alma las que, empleadas en otros mejores ideales, cuánto bien producirían para Dios y para la Patria. Sorprender las conversaciones íntimas de esas jóvenes es el más triste desencanto: el color de las telas que se encuentran en las tiendas de comercio, la última película que se ha estrenado en el cine, el último escándalo social que ha dado fulana o mengana; el criticar la vida de todos los vivos a quienes conocen sin escaparse de estas críticas ni aún los que ya murieron; disertar sobre el último figurín que trae la revista de modas; esas son sus conversaciones. Leer las novelas que llegan a sus manos así sean ofensivas al pudor o a sus creencias, gastar horas enteras mirándose al espejo hasta dar el último retoque al pintado de su rostro, hasta quitar el último pelo que a su parecer, la afea, averiguar con insistencia digna de mejor empleo qué color le quedará más conveniente en el pintado de sus labios y de sus uñas; eso y otras mil tonterías son las grandes ocupaciones de las muchachas que se llaman BIEN. ¿Esta será ocupación de cristianas, pensamientos y conversaciones cristianas? Y así se pasa la vida...

Viene el matrimonio al que no se llega sino con ideales mezquinos y materiales; se casan no por amor sincero; es el amor aparente fincado en frivolidades; los rasgos sugestivos del rostro, la hermosa corporal que el tiempo destruye y los años aja; tal vez hasta el goce fermentado de pasiones que atrofian el espíritu apenas se las satisface, el vil interés del dinero que se acaba o se le pierde a merced de la inconstante fortuna; esos y no otros son los ideales de tantos matrimonios que se los empezó con fiestas y se los destruye, poco tiempo después, con amargas lágrimas.

El ideal de formar un hogar modelo en donde se vayan educando a los hijos en el santo temor de Dios modelando su corazón para hacer de ellos ciudadanos que honren su apellido y sean, la esperanza de la Patria, ha desaparecido de la mayor parte de los actuales matrimonios; ¿qué digo? acaso no encontramos la consigna criminal de aborrecer los hijos y de excluirllos del matrimonio porque estorban y son rémora para la felicidad temporal y materializada de muchos hogares modernizados? Acaso no se quiere poner leyes a Dios disminuyendo la natalidad con crímenes horrendos que no los conocen las fieras? ¿Cómo podremos reformar la sociedad y trabajar por el llamado resurgimiento nacional con semejantes ideales tan viles, tan rastroso, tan miserables?

Con tales antecedentes se llega al declinar de la vida; una vida inútil en la que nada se encuentra de provecho, pasada en la infamia de todos los desórdenes, claro que no es consuelo ni esperanza, para los

Para sus BUENOS LIBROS

La Librería Las Américas
Avenida Central **Teléfono 5507**

que se encuentran tan cerca de la eternidad; no puede menos de recriminarles la conciencia el haber pasado miserablemente el tiempo y el no dejar en pos de sí sino una secuela de crímenes, de escándalos, de vanidades y fatuidades que se han desvanecido como pompas de jabón.

Joven forma tu ideal noble, elevado, perfecto y trata de seguirlo; que tu vida sea provechosa para tí mismo; que tu vida trate de ser útil para los que te rodean; que tu vida sea un aporte eficaz para el resurgimiento de la Patria; que tu vida honre a la Religión que te dejaron en

herencia tus antepasados, y que vivas la fé que profesas, no la fé teórica que no produce frutos, sino la fé práctica que enseña amor al hermano, respeto y sumisión a los padres, acatamiento a la autoridad; sé ayuda, consuelo y ejemplo a tus semejantes; honra tu apellido, dignifica tu hogar, engrandece con tus obras a la Patria; entonces tendrás un consuelo en el atardecer de tu existencia: el consuelo de haber vivido una vida racional, provechosa y honrada y esto será tu mayor recompensa y el mejor timbre de santo orgullo que, cual preciada herencia, dejes a tus hijos.

LOS CLAUSTROS

¿Quién es el que hablando de los monasterios, y queriendo, a lo que entiendo, protegerlos, dijo un día: "Es necesario dejar refugios abiertos a los grandes arrepentimientos y a los grandes pesares?"

Semejante necesidad se ha extendido de un modo prodigioso. No hay un solo honrado escritor, más o menos católico que no la haya presentado como objeción a los argumentos de M. Havin.

Y por cierto que ha tenido una gran acogida en las cabecillas ligeras.

Ayer estaba yo viendo pasar una procesión. Iban en ella algunos capuchinos vestidos con su burdo sayal, con los pies desnudos y con la cabeza descubierta, bajo los ardores de un sol abrasador.

Cerca de mí estaban dos graves franceses, uno comerciante en vinos de Borgoña, y el otro en vinos de Burdeos: ambos venden vinos de Cette. M. Rape dijo a M. Marechal:

"Estos capuchinos deben haber hecho mucho malo para imponerse una vida semejante". M. Marechal respondió a M. Rape: Sin embargo, quizá no haya entre estos hombres tantos malvados como creemos...

"Yo por mi parte puedo decir que he visitado algunos conventos, y a fe mía que

se ven en ellos caras muy honradas. M. Rapet replicó: "Son holgazanes". M. Marechal continuó:

"Confieso que para nada sirven; pero yo quisiera que se los dejase vivir a su gusto. Si se mortifican, ningún mal nos viene con eso; y si gozan, no por eso somos nosotros más dignos de compasión.

"Que queréis, Rapet; el mundo algunas veces habla sin reflexionar lo que dice, y abriga aversiones infundadas contra una u otra cosa. Estos lugares de penitencia, estos conventos o como ellos dicen también estos monasterios según nuestro modo de ver son cosas absurdas.

"Nosotros no queríamos por ningún concepto vivir allí dentro. Nos hace falta libertad de acción. Nuestra generosa sangre nos lleva irremisiblemente al centro de los negocios y de los placeres.

"Sentimos la necesidad de hacernos útiles a nuestros semejantes de gobernarlos, de explotarlos, de penetrar en los arcanos de las ciencias y de los negocios; la necesidad en fin, de hablar, de escribir y de pensar.

"Todo esto es muy bueno para nosotros. Nuestra conciencia está tranquila, porque no hemos hecho jamás ningún mal. Si acontece un siniestro, no importa, ¡qué diablo! sabemos muy bien volvernos a levantar.

"Pero reflexionemos; no todos los hombres se parecen a nosotros. ¡Cuántos pobres diablos hay a quienes se ve abatidos, sólo por haber hecho algunos desatinos o comprometido su fortuna, o perdido una mujer!

¿Qué han de hacer esas gentes? ¿Han de matarse? no; seamos justos. Bien; se van a un convento. Se necesitan refugios para los grandes crímenes y para los grandes pesares."

Rapet cedió en vista de estas razones.

Hay ideas bien formadas, cuyo fondo de necesidad no se descubre más que al verlas acogidas por cierto espíritu. Yo hubiera abrazado de muy buena gana a Marechal. Acababa de desvanecerme una obsecación como con la mano.

A Dios gracias, he conocido y tratado con un gran número de religiosos, monjes, fraticlerigos de toda clase de hábitos, y de toda clase de vocaciones. Los breves momentos que he permanecido en los monasterios, han sido los mejores instantes de mi vida. Desde el día en que por primera vez entré en la celda del P. Rozaven, como en la piscina que curaba a los leprosos y a los paráliticos, hasta el momento en que escribo estas líneas, he visto al monje en sus nobles claustros, solitario, sabio, cultivador de la tierra; le he visto mendicante, hijo de Santo Domingo o de San Francisco, en sus conventos semejantes a una colmena; le he visto clérigo regular, jesuita, teatino, barnabita, en su pequeña celda atestada de libros, y sitiado

por los penitentes; he visto al misionero recién llegado de los pueblos antípodos: los he visto de cerca, he visto muchos, los he visto en el trabajo, en el recreo, en el coro y atravesando el mundo: los he visto viejos y los he visto jóvenes.

Es verdad que estas gentes llevan una vida laboriosa, mortificada, sacrificada; pero ninguno la había abrazado bajo la impresión de un gran arrepentimiento o agobiado por un gran pesar.

La mayor parte han entrado allí jóvenes. En el pequeño número de los que han entrado en una edad avanzada, la mayor parte han realizado un deseo formado en su juventud, y que se ha mantenido firme a través de todos los contratiempos de la vida.

Han escogido el claustro, no por haber cometido crímenes, sino porque tenían hasta la sombra del pecado; no por haber sufrido grandes pesares, sino porque abrigan hacia este asilo un entrañable amor. Por temor al pecado se han puesto al abrigo de él; y por amor a Dios le han consagrado su existencia para alabarle y para hacer, como víctimas, obras que los asocien a la grande obra de la redención.

Han querido vivir sin tacha, en el trabajo, en la humanidad, en la caridad. Vivir para Dios. No me extraña que M. Marechal haya encontrado honradas sus fisonomías. Sin embargo, es cierto sin género alguno de duda que los claustros han visto arrepentidos grandes. Un rey de los lombardos encerrado en su claustro por la cle-

FARMACIA DEL Dr. M. FISCHER

TELEFONO 4877

EXISTENCIA PERMANENTE DE PENICILINA,
SUEROS Y VACUNAS

Esmeralo despacho de recetas. Servicio inmediato a domicilio. En la Farmacia Fischer siempre encuentra lo que busca.

mencia de Carlomagno, se hizo voluntariamente fraile. Yo deseo otro tanto a algunos otros Reyes.

Pueden citarse también grandes dolores; no obstante, no deben tomarse como ejemplo de ellos a Eloísa y Abelardo, única religiosa y único monge hacia quien M. Havin conserva un profundo respeto.

Pero si no hubiese para poblar los monasterios más que los grandes arrepenimientos o los arrepenimientos de los grandes crímenes y los grandes dolores, esos monasterios permanecerían desiertos. Es más: nunca hubieran estado llenos.

Los verdaderos grandes crímenes son hijos de las grandes ambiciones. Su objeto principal son las grandes fortunas y los grandes placeres; precisamente lo contrario de la vocación monástica.

Los grandes dolores, los dolores que hacen lanzar gritos y mesarse los cabellos, sólo tienen cabida en un alma mal templada, y son indicio de una fe incierta; ambas cosas contrarias también a la vocación religiosa.

Los grandes crímenes llegan a florecer y a dar su fruto en el gran mundo, o llevan a sus autores a parar al Baño; los grandes dolores, los que se revelan con grandes gritos concluyen en la cocina, en la ópera, o en unas segundas nupcias.

El gran crimen que se dirige al monasterio está ya perdonado; ha hecho ya las legítimas reparaciones: el gran pesar que se encamina hacia los claustros, ya está consolado; ha aceptado ya la voluntad de Dios.

M. Marechal y M. Rapet se sorprenderían a vista de los grandes arrepenimientos y de los grandes pesares de los claustros. ¡Cómo! dirían. ¿Arrepentirse de no arrepentirse bastante? ¿Llorar por no poder llorar lo suficiente?

Los resultados de esta vida penitente y

mortificada asombrarían más aún a nuestros dos honrados mercaderes de falsos vinos. ¡Cómo! exclamarían: ¿puede haber alegría sin una buena cocina y sin vinos?

Y a pesar, de todo, así sucede; la alegría habita en los claustros, para dejar en este mundo un asilo a las grandes virtudes y a las grandes alegrías.

Pero, a propósito de frailes, me viene al pensamiento ese altivo y virtuoso Rousseau que no quiere que los hombres doblen jamás la rodilla. De todos los hombres que he encontrado en mi vida, los religiosos son los más incapaces de una bajeza; y no obstante, pasan su vida de rodillas.

No hacen nada sin haber pedido y recibido de rodillas el permiso del superior; se inclinan ante él por la mañana, por la tarde, cuando salen, cuando entran, en los ratos de trabajo, y en los momentos de descanso.

Ese hombre ha sido elegido por ellos, pero su elección ha sido confirmada por una autoridad más alta, ante la cual se inclina él a su vez. Ha recibido su investidura del Papa, a su vez investido por Jesucristo. Es, pues, ante Jesucristo ante quien se inclinan los que ante ese hombre se inclinan, y Jesús el que por mano de éstos, les da la bendición.

Así es que el religioso, en verdad, no hace nada servil, ni bajo, ni sin resultado. La menor de sus acciones de tal manera santificada y bendecida, es grande santa, sobrenatural. Obra en nombre de Jesucristo, para Jesucristo y con la gracia de Jesucristo, Rey eterno de la tierra y los cielos.

Por eso es por lo que la amenidad, la dulzura y la amistad fraternal reinan en esos recintos austeros y los llenan de alegría. Allí veis a los hombres dispuestos siempre a servirse unos a otros.

Luis Veuillot

MATRIMONIO CIVIL

Por SELGAS

Hé aquí que en cierta ocasión me ocurrió la idea de casarme, y me casé como Dios manda. En aquella ocasión no tuve inconveniente en obedecerlo. Una vez casado, tuve una hija; esta hija se ha hecho mujer, tiene novio, y lo que es natural, quiere casarse.

¿Ante quién la cosa? ¿Ante Dios o ante el alcalde? ¿Pongo su amor y su virtud al amparo del Sacramento, o la entrego a la acción civil de un simple contrato?

Veamos:

El matrimonio dice la ley, es indisoluble por su naturaleza; pero ¿cuál es la naturaleza del matrimonio? ¿Es puramente humana?... Entonces el matrimonio es disoluble por su naturaleza. ¿Es divina?... Entonces el contrato celebrado ante el alcalde no es matrimonio.

Si no hay en el matrimonio civil más virtud que la que resulta del mutuo acuerdo de dos voluntades, la virtud que une, desaparece en el momento mismo en que ambas voluntades se convengan en separarse. Roto el contrato, cada una de las partes es libre para celebrar contratos nuevos; y razonablemente mi hija, sin llegar a ser viuda, puede llegar a tener hijos de diversos padres.

Esta es la prostitución legal...

Yo soy, pues, razonable; me suelo reír de las leyes divinas, y me decido a casar a

mi hija civilmente. Mas me pregunto:

—¿Quién ha hecho esta ley?

Y me contestó:

—¡Oh! Quien puede hacerlo todo: un gobierno y un parlamento.

Y vuelvo a contestarme:

—Pero detrás de un gobierno y de un parlamento, ¿no hay otro parlamento y otro gobierno?

Y vuelvo a contestarme:

—Ese es el orden constitucional.

—Lo que hace la omnipotencia de un parlamento ¿no puede deshacerlo otro parlamento impotente?

Ese es el juego parlamentario.

Pues bien; si el progreso no ha dicho todavía su última palabra si es un paso en el camino de la civilización el matrimonio civil ¿no debemos esperar la promulgación inmediata de otra ley más perfecta, que declare la disolubilidad de ese matrimonio?

—Eso es lógico.

—Y entonces ¿qué hará yo de mi hija?

Siendo una ley puramente humana la que por mayoría de votos decreta la indisolubilidad del matrimonio, ¿quién asegura que otra ley hecha del mismo modo no lo declare disoluble?

Vuelvo a decirlo, yo soy razonable; no concedo gran importancia a las ceremonias religiosas; pero la ley civil no puede

“BOTICA LA VIOLETA” Salazar y Alvarado

La más acreditada por sus largos años de servicio al público.
Frente al Mercado

TELEFONO 2791

Pronto servicio y exactitud en el despacho de recetas.

dar al matrimonio una perpetuidad de que ella misma carece; una ley mutable y fugitiva no puede imponer obligaciones eternas; casar, pues, a mi hija ante el alcalde, es prostituirle ante la razón.

Así discurren las últimas precauciones hasta en los espíritus fuertes, cuando los espíritus fuertes caen en la debilidad de ser padres.

Mas el progreso reclama la completa

emancipación de la mujer, y no hemos de pararnos ante un capricho.

Sea el amo libre, como es libre el pensamiento; no ha de tener el vicio menos derechos que el error, saquemos a la mujer de la servidumbre de sus más bellos sentimientos; para impedir que se prostituya, legalicemos su prostitución, y teniendo derecho para ser de todos, evitaremos que su corazón caiga en la esclavitud de pertenecer a un hombre solo.

JESUS LLAMA

¡La mies es mucha, y los obreros pocos...!
 ¡Qué escasos más obreros!
 Las espigas maduras
 Venciéas por el peso
 Del grano de oro que su tallo dobla,
 Van arrojando al suelo
 La bendición de Dios que en ellas puso
 Mi amor, en sangre y lágrimas deshecho.

—
 ¡Mia es la mies! ¡Se pierde
 Soplando están los vientos
 Que han de aventarla toda
 Si no llegan muy pronto mis obreros
 ¡Y tanto me ha costado!
 ¡Qué de angustias, trabajos y tormentos!
 Por ella lo di todo;
 Con mis sudores ablandé el terreno:
 Yo tiré con mis manos la semilla

Y mi sangre regó los surcos secos;
 ¡Y hoy la mies ya madura
 Toda se pierde porque no hay obreros!
 No hay obreros que quieran recogerla,
 Llevarla a mis graneros,
 Juntar el grano y apartar la paja,
 Hacer la blanca harina y el pan tierno
 No hay obreros que quieran
 Hacer conmigo vida de labriegos
 Y levantar conmigo
 Los granos de oro que se lleva el viento

—
 ¿Do estáis mis sacerdotes?
 ¡Venid, mis predilectos!
 Los que os saciáis de panes
 En mi mesa, venid, bajemos presto,
 Porque la mies es mucha y ya se pierde;
 Son pocos los obreros,
 Infinitas mis ansias,
 Y mi pagar, magnífico y muy cierto.
 ¡Venid, bajemos pronto!
 Yo marcharé el primero;
 Compartiréis conmigo las fatigas
 ¡Nunca yo dejo solos mis obreros!
 ¡Venid mis sacerdotes!
 ¡Estoy solo, venid que aquí os espero!
 ¡Venid, las almas buenas!
 Mis vírgenes, venid ¡Cuánto padeczo
 Cuando veo llegar al enemigo,
 Llenar sus sacos y marcharse, astero.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería,
 donde encontrará usted; Relojes de las
 mejores marcas, joyería finísima y ar-
 tística.

Preciosos regalos para bodas

Robando mis tesoros,
Destrozando mis trojes y mis cercos
Yo cuidaré los claustros;
El Sagrario estará de Angeles lleno,
Pero venid, vosotras
A segar el trigal con mis obreros,
Les serviré de madre,
De su guarda seréis Angeles buenos;
Allegaréis espigas sazonadas,
Trabajaréis con ellos
Y conmigo también, que de vosotras
No me aparto un momento
Almas buenas, venid, que para todas
Hay trabajo en mi casa y hay sustentos;
Pero venid a prisa
¡La mies es mucha y pocos los obreros!

Así clama Jesús
Así clama el Maestro
Diz que estás solo, que la mies se pierde,
Que lo faltan obreros
Veisme aquí buen Jesús yo iré contigo;
Me apenan tus lamentos;
Sé cómo late en ansias infinitas
Tu Corazón de Dios dentro tu pecho;
Me lo has dicho mil veces, cuando me haces
Confidente de penas y secretos,
Cuando a mi alma le dices,

Tu decires tan quedos,
Tan dulces, tan ardientes
¡Tu decires de fuego!—
¡Sé que sufres, Señor, porque no encuentras
Quien quiera ir a tu mies, ser tu labriego,
Juntar el trigo y aventar la paja
Y hacer la blanca harina y el pan tierno
¡Veisme aquí, mi Jesús, yo voy contigo!
Dime do quieres que alce mi granero
Lo llenaré cantando,
Cantando afilaré mi hoz de acero;
Y cuando el alba nazca
De esmeraldas bordando los senderos,
Y las aves alegres,
Bullangueras, reciten su salterio,
Yo cantaré con ellas,
Para Ti mi Jesús, un canto nuevo,
¡Yo marcharé cantando...!
Y juntaré mi trigo
Y cantaré mis versos
Para que estés alegre,
Tú, mi maestro bueno...
Y después al final, de la jornada
Señor, tan sólo quiero,
Me extiendas Tú los brazos
Para dormirme allí sobre tu pecho.

Fr. Pedro Armengol, Ferreyra
Mercedario

De "Revista Mercedaria" (Argentina)

INSTRUYASE

Casadas y solteras, deberían consagrar un rato de cada día a la lectura para tener temas interesantes de que hablar y, sobre todo, para aumentar su cultura y sus encantos. No basta divertirse y alegrarse para sentir las cualidades indispensables. Hay que leer todos los días algo que aumente la visión y los conocimientos.

Nada hay que reemplace a la lectura de los buenos libros, y es difícil emplear mejor el tiempo que dedicándolo a ella.

El hombre aprecia sobremedida la cultura en la mujer. No es necesario convertirse en literatas o agregarse a la caterva de poetisas más o menos tolerables para ser una mujer culta e informada de lo más interesante que se escribe

para conocer obras de gran mérito que armonice con la condición social de cada una.

Por leer buenos libros no es necesario realizar ningún heroísmo. Se forma con poco dinero, poco a poco, una excelente biblioteca. Dedicando un rato de cada día a la lectura en el conjunto de los días del año llega a adquirirse una ilustración muy apreciable que será valorada en todas las circunstancias de la vida.

No me cansaré nunca de repetir a la mujer que dedique a la buena lectura los ratos libres. Cada día es menor la influencia de la hermosa ra física. Hay que agregar encantos más positivos para tener derecho a la felicidad.

Curiosidades de la Vida de varios Pontífices

ANECDOTAS DE PIO X

Un día sorprendió un Cardenal al Papa Pío X mientras se afeitaba. Ante la escena quedó un tanto confuso el Cardenal y hubo de decirle jovialmente el Papa:

—Querido amigo habrá visto usted que en muchos letreros del campo se lee: "Sastre (sarto) y barbero". Pues bien; yo soy desde luego Sarto (sastre) y hago el barbero. Conservo la tradición.

PIO X DETENIDO POR LA POLICIA

Siendo Pío X Patriarca de Venecia, visitó a un moribundo que yacía en el duro suelo. De vuelta el Cardenal Sarto a su domicilio, y ya al acostarse, se decía a sí mismo, acosado por el recuerdo del enfermo: "¡dormir en cama, mientras aquel agonizante carece de lecho!..." Enternecido su corazón, sin que nadie se enterase, lió como pudo su colchón y se dirigió con su carga en busca del enfermo. Tomándole por un malhechor le detuvieron a los pocos pasos dos policías, los cuales al reconocer al Cardenal, se apresuraron a cargar con el colchón y poner remate a la fechoría de su Prelado. Tan grande era su caridad, que todo lo daba a los menesterosos. Cuando fué elegido Papa, gastaba para su

uso particular un sencillo reloj de metal blanco.

REVERENCIA A TUS PADRES

El Romano Pontífice Benedicto IX antes de ser Papa había sido un pastorcito de familia muy pobre. Como después de ser electo Papa vivía todavía su madre la corte de Roma la hizo venir vistiéndola cual convenía a la madre del Pontífice, la llevaron a presencia del Papa:

—¿Qué señora es ésta? —preguntó

—Es la madre de Vuestra Santidad, le respondieron.

—Eso no puede ser— respondió el Pontífice—: mi madre es una pobre mujer que no tiene dinero para estas cosas.

La corte comprendió la lección que les quería dar el Pontífice, y al poco rato recibía éste a su madre con gran cariño, pero vestida con las ropas de su pobreza.

RASGOS DE PIO IX

Un habitante de los Monti, barrio inmediato al Quirinal, acababa de perder el caballo con que acarreaba comestibles al mercado.

EN LA TIENDA de

CHEPE ESQUIVEL

Encontrará usted las mejores cobijas de lana

Creando la responsabilidad en el niño, haremos de él, el hombre fuerte y sereno de mañana.

"Ya que el nuevo Papa es tan benéfico, díjose, ¿por qué no le pediré un caballo de desecho de su caballeriza para reemplazar el mío?"

Dicho y hecho. Llegado al palacio nuestro buen hombre encontró al pie de la escalera al secretario de Su Santidad, quien se encargó gustoso de su petición. Pareció al Papa excelente la idea y mandó entregar un caballo a aquel pobre con dos monedas de oro para que continuara su negocio.

Aquel hombre, montando en su nuevo caballo, galopaba por el barrio de los Monti, gritando: ¡Viva Pío IX!

LA CARIDAD SE EXTIENDE A TODOS

Cuentan que yendo en coche Pío IX encontró en el camino a un pobre viejo que padecía una grave enfermedad. Mandó parar el coche y lo llamó. Uno de los presentes dijo con menosprecio: "¡Se trata de un perro judío!" El Papa se disgustó por este modo de hablar y, sin hacer caso, ordenó llevarse a aquel pobre hombre al palacio pontificio y le asistiesen.

El verdadero cristiano socorre a todo desgraciado, sin pensar que pueda pertenecer a otra religión o nación.

LEON XIII — JOAQUÍN PECCI

Entre los varios hijos que tuvieron los condes de Pecci, Joaquín era el predilecto de su padre, quien, concibiendo grandes

esperanzas en los talentos extraordinarios del niño quiso hacer de él un general. . . Cuando él y su hermano José comenzaron a manifestar su decidida vocación decía el Conde a la Condesa:

—Me resigno a pensar que José se convierta en un jesuita; pero me resulta duro que Joaquín venga a ser cura de su pueblo.

Y la Condesa, que veía con gusto las aficiones de sus dos hijos, uno de los cuales deseaba hacerse sacerdote secular y el otro jesuita, contestó:

—Pues mira; figúrate que Joaquín llega a ser Papa, y José Cardenal, y quédate tranquilo respecto al porvenir de tus hijos.

Y en efecto, Joaquín, ya Papa, a petición del Sacro Colegio, hizo Cardenal a su hermano José. Sus padres no percibieron tanta dicha. . .

LA BANDERA PONTICIA

Con fecha 25 de octubre de 1921, el Papa Benédicto XV hacía transmitir por la Secretaría de Estado de la Santa Sede, regida por el Cardenal Pedro Gasparri, un comunicado protocolar a las Nunciaturas Apostólicas ordenando que la Bandera Pontificia esté formada por dos piezas cuadradas de color amarillo una y blanca la otra, unidas entre sí de modo, que siendo doblemente larga de lo que es de ancho, el color adherido al asta sea el amarillo. En el centro del campo blanco lleva dos llaves cruzadas, sobre las cuales está colocada la tiara.

REZAD BIEN EL SANTO ROSARIO

Rezad el Rosario en actitud reverente, pronunciando bien las palabras considerando suavemente los misterios, como hablando con la Virgen y bien ciertos de que os escucha con agrado. ¿No habéis visto por los ejemplos de los Santos, cuánto se gusta el Rosario, cómo lo agradece, cómo lo premia?

Rezad el Rosario con fidelidad y perseve.

ranciar que no se os pase ningún día de vuestra vida sin rezar el Sto. Rosario. Rezadlo a solas o en compañía, en familia, en el templo, por las calles, en el campo, de viaje.

¡Felices los devotos del Sto. Rosario! En esta devoción tienen una prenda segura de predestinación.

El Obispo de Barcelona

DIGNO DE IMITARSE

LA REGLAMENTACION DEL CULTO Y
PROPAGANDA NO CATOLICA
EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

CONSIDERANDO:

Que el artículo 223 de la Constitución declara la protección del Estado a la Religión Católica, Apostólica y Romana y establece que "las demás religiones gozan de la libertad para el ejercicio de sus respectivos cultos";

Que por su naturaleza, el culto debe ejercerse dentro de los templos existentes y no en reuniones públicas, salvo los casos en que así lo establezca el rito católico cuya religión es protegida por el Estado.

Que es necesario asimismo evitar que, con motivo de actos religiosos no católicos fuera de sus templos, se originen justificadas protestas;

Que el Estado invierte cantidades apreciables en el desarrollo de Misiones Católicas, la actuación de las cuales no debe ser neutralizada ni contradicha por propaganda religiosa diferente;

Que el precepto constitucional de protección a la Religión Católica obedece a la profesión del Credo Católico de la mayoría de la población peruana; y

Que el respeto y consentimiento de cultos distintos no puede confundirse con la propaganda que hiere el sentimiento nacional y tiende a producir divisiones religiosas den-

tro de la ciudadanía que no deben facilitarse.

Con el voto del Consejo de Ministros;

DECRETA:

Artículo 1º—El culto correspondiente a todas las religiones se realizará exclusivamente dentro de los respectivos templos, excepto el propio de la Religión Católica que el Estado protege conforme a la Constitución.

Artículo 2º—Se prohíbe realizar reuniones o actos de propaganda religiosa no católica en parques, plazas y demás lugares públicos.

Artículo 3º—Los que contravengan las disposiciones del presente decreto serán denunciados como autores del delito a que se refiere el inciso primero del artículo 393 del Código Penal.

Artículo 4º—Quedan derogados los decretos y resoluciones que se opongan al presente, cuyo cumplimiento corresponde a las autoridades políticas y de policía.

Dado en la Casa de Gobierno en Lima, a los cuatro días del mes de enero de mil novecientos cuarenta y cinco.

Manuel Prado

Manuel C. Gallagher.

Con motivo del presente decreto se dirigieron al Presidente de la República innumerables telegramas de felicitación de todos los habitantes del Perú.

(De "El Deber" de Arequipa, Perú).

Sentido del Arte

Dos secretos revelan las obras de arte: nos dan cuenta del mundo de donde originan: la cultura y psicología de las gentes que forman este mundo; lo que en el arte es expresión de tiempo. Pero también nos dan un vislumbre de eternidad. Tal es el conocimiento esencial y el

gocé del arte en su más profundo sentido: ha cernos vivir en armonía con la vida y conocer nuestra posición en ella. Y cuando la fuerza del arte es muy grande, la expresión estética se entrelaza con la experiencia religiosa.

Waldo Frank

NOVELA

¿Me caso en...! ¿Y ese estúpido está ciego, o es loco?

—Ni una palabra más sobre eso, doctor. Si es usted mi amigo, ¿Quiere? Es la ley de herencia. A mi madre, ya le pasó igual. También creo que tuvo la desgracia de enamorarse de alguien —no he podido saber de quién— que le pagó con la indiferencia. Y al fin, gracias que encontró a mi padre siempre consecuente y siempre feliz, que supo borrar en ella el recuerdo del otro.

—Fueron dichosos?

—Mucho. Todos lo dicen. Ella debió enamorarse del hombre generoso que supo abrirle los brazos en el momento preciso sin tener en cuenta el pasado; y él, la quiso siempre con locura.

—¿No podría usted, como su madre, algún día, cuando se desengañe de la indiferencia de Luis Ribera, volver los ojos hacia otro hombre generoso que tampoco le pediría a usted cuentas de su pasado?

Josefina, estrecha espontáneamente la mano del doctor.

—No es probable que yo me desengañe nunca. Soy muy apegada a mis sentimientos; pero si eso sucediera algún día... ¿quién sabe, doctor? Acaso...

Es una promesa muy vaga. Sin embargo por el momento, colma la dicha del joven. Un rencor celoso se suscita en cambio a la vista del apretón de manos y de la actitud de intimidad: Joaquín del Claret está pensando en buscarle querrela al médico y sacudirle un par de bofetadas que sirvan de válvula de escape a su cólera. Joaquín, ha llegado a creerse que tiene derechos sobre Josefina a fuerza de oírle decir a la gente que sería un partido ideal para ella y que el señor Vaquer estaría encantado de tenerle por yerno; pero las cóleras de Joaquín son fugaces. Es harto buen chico para que cuajen. Y poco después de pensar en vapulear al médico, tan inofensivo, tan buenísima persona, ya está llamándose bestia a sí mismo. Cediendo a un impulso de desagravio —es algo que le debe a su propia conciencia,

ya que el otro no conoce la ofensa— se acerca a la pareja e invita sonriente:

—¿Es que no vienen a bailar las danzas?

Se ha formado grandísimo y animado corro en el centro del cual algunas parejas bailarían la clásica danza campesina. Ese corro es tan grande que rebasa la faja de arena que ha servido de campo a la merienda y cruza por encima de la carretera del faro para meterse en otra faja de terreno donde crecen juncos, vecina ya a los naranjales.

—¿A bailar la tarana? Claro que sí —concede Josefina.

Tiene los ojos brillantes, encendidas las mejillas a causa de las recientes lágrimas ¡Olivar...! Cogida a las manos de sus dos enamorados, se mezcla en el torbellino del corro, sorda a los requerimientos de las amigas que en el centro la invitan a tomar parte en la danza.

—¿No vienes a bailar?

—Ya bailaré la cadena, que es menos pesada. Estoy cantadísima y me hacen algo de daño los zapatos.

Se queda entre el médico y Joaquín, cantando con las personas mayores que no toman parte en el baile. La canción no tiene nada de particular, ni es bonita siquiera; pero hace infinidad de años que se canta en la "mona" y es ya como un rito consagrado en el folklore regional. A toda "mona" que se estime en algo, es preciso ponerle el corolario de las danzas.

Canta el coro mientras rueda la cadena arriba de la gente al compás de la musicuilla.

*"El jueves de esta semana
tengo que venir aquí;
si no tienes compromiso
quiero que me des el sí".*

Y cuando concluye el estribillo, se para el corro para contemplar el baile de las parejas

que en el centro se acompañan con una disparatada estrofa como ésta:

*"Las flores de mi jardín
por bonitas y hermosas que sean
las mejores para ti...
El recuerdo que tú me dejaste
a la luz de la cándida luna...
yo no quiero querer a ninguna,
sólo quiero quererte a ti..."*

Las coplas son muchas y variadas; y no hay una que tenga pies ni cabeza. Y al final, viene la cadena; y al remate de la cadena se rompe ésta y la fila empieza a correr como una serpiente, en giros ondulantes, hasta rendir a los viejos que van rompiéndola y quedándose uno aquí, sentado, desfallecido sobre el suelo, el otro, recostado contra un tronco, alguno de rodillas encima de la arena... Y la gente joven, sigue imprimiendo a la serpiente humana, loca velocidad, sorteando acequias, ribazos, árboles —con grave peligro de romperse la crisma— los taludes de la carretera, empotrándose en la arena, enredándose los pies entre los montones de algas... El griterío es ensordecedor; las risas locas...

Por eso, sin duda, no oyen el ruido de un "auto" pequeñito —lindo coche conducido por una más linda muchacha— que, faltando al reglamento de conducción ha entrado en la curva sin tocar la bocina, encontrándose repentinamente encima mismo de la serpiente humana. La conductora debe ser poco experta, o es que la sorpresa la ahuyenta por completo la serenidad. Tan por completo que en lugar de frenar da un viraje violento, atropella a Josefina que cae entre las ruedas delanteras y no se despeña por el terraplén porque el joven que la acompaña echa rápidamente la mano a la palanca del freno, dejando el coche clavado en el camino como por obra de milagro. El médico y Joaquín, al oír el alarido de la gente, preñada de terror, tiran a la vez de Josefina a la que sacan arrastrando de bajo el coche, ileso por fortuna. La lengua de Joaquín es hacha afilada que corta a raja tabla. Nadie piensa en escandalizarse de los ternos que suelta porque todos sienten la misma in-

dignación. ¡Esos señores, que llevan sus "autos" por los caminos con loca velocidad, como si nadie tuviera derecho a transitar por ellos...! ¿Qué se espanta una caballería y desmonta al jinete o se desboca a campo traviesa, o empieza a cocear lastimando al espolique? ¿Y a ellos, qué? ¡Mientras puedan sacarle los noventa o los cien al coche y alabarse luego en el club...! El doctor, violento, se encara con la damisela increpándola con una total ausencia de galantería.

—¡No debía fiarse el volante a personas incompetentes!

Y la frase —que arrebola en ira la cara un momento antes blanca hasta la lividez bajo el colorete de la señorita— no provoca protestas ni disculpas por parte del mozo que la acompaña y que ajeno a ella se ha tirado rápidamente al suelo, después de frenar, para ayudar a levantar a la muchacha atropellada.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha lastimado? —pregunta con ansiedad, el caballero.

Esta voz hace en Josefina el mismo efecto de una corriente eléctrica.

—¡Luis! —grita, excitada.

Y en movimiento inconsciente, sus brazos se tienden impulsivos hacia el camarada de infancia que ha sido el amigo de toda su vida, para caer casi inmediatamente con un rubor y un sonrojo adorables, que hacen palpar desenfrenado el corazón del mozo. En este momento se olvida de la muchacha rubia que le espera en el coche completamente aturdida también por lo acaecido y quizá más próxima a un desmayo que la propia Josefina, a pesar de ser ésta la atropellada.

—¡Pero eres tú, chiquilla! —exclama con vivo destello de emoción, de júbilo, de ansiedad, estrechando cariñosamente las manitas que se le tienden—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has hecho algo?

Ella, contesta, riendo:

—No creo. Es más: me parece que esa señorita que te acompaña tiene más necesidad que yo de que la atiendas. ¿No ves que está a punto de desmayarse?

¿Es una ironía? Luis, frunce el ceño. Sin tiempo a contestar se ve arrollado por la ola de gente que envuelve a Josefina en exclamaciones.

maciones de interés y en crudos reproches a la señorita del "auto".

—Que se meta en lo que entienda.

—¡Si estuviera en su casa remendando calcetines!

—¿Por qué les consentirán que hagan faenas de hombres?

En el corazón de Margarita Ribera, nace, violento, en este mismo instante, fuerte y enconado rencor contra la muchacha que suscita el interés popular y que parece encadenar a Luis con encantamiento brujo.

—¡Luis, oye! —llama, apremiante.

Pero su vocécita se pierde entre el barullo de los que ahora saludan cordialmente al señor de La Foya, tan popular y tan querido en todo el contorno. Y con ojos resentidos le ve estrechar manos toscas y hacer una caricia a las muchachas y abrazar a los mozos, sus camaradas de juegos infantiles, y hasta besar a dos o tres viejas, que lloran de emoción como Teresa de Rabuda. Toda aquella promiscuación con la plebe, la crispa, la saca de tino. El único que percibe sus llamamientos a Luis y su desairada situación, es el señor Cura, quien, piadosamente, se acerca al cochecito.

—Está usted muy pálida, señorita —insinúa tímidamente—. ¿Puedo servirla en algo? Seguramente se ha asustado usted mucho.

—Era para asustarse, ¿no le parece? —contesta desabrida—. Por salvar a esa muchacha he dado un viraje tan violento que ha estado en un tris que no se despeñara el coche. He estado a punto de matarme por no lastimarla y, con todo, ahí tiene usted a toda esa gente tan alborotada contra mí que serían capaces de pincharme.

—¡No lo consentiría nunca don Luis! —insinúa el Cura, intentando bromear porque le asusta la rencorosa violencia de toda la actitud de Margarita.

—¿Quién, él? No lo crea usted. Está demasiado ocupado en atender a esa individuo para ocuparse de mí.

—Es porque sabe que no corre usted peligro alguno.

—¡Bah! Después de todo, poco me importa (esto, con un despectivo encogimiento de sus bonitos hombros y un sacudimiento de la me-

lana rubia, muy ondulada y brillante). —¿Y quién es esa imbécil que se metió entre las ruedas de mi coche, quiere decirlo? ¿La hija del alcalde? Alguna patana rica? Debe ser todo un personaje a juzgar por el alboroto que está armando la gente a causa de ella. Creía yo que los caciques y los señores feudales se habían acabado desde que entró la república.

—En Serrablanca, nunca hubo ni caciques ni señores feudales; así es que no necesitamos del 14 de abril para acabarlos. Pero el pueblo es agradecido y conoce a sus bienhechores... Esa señorita, es Josefina Vaquer, la amiga de infancia de Marcela y de Luis Ribera. Casi una hermana. Ahí tiene usted explicado el interés de Luis. El de la gente se explica por sus bondades, porque, de muchos años atrás, los de Vaquer han sido la providencia de los pobres del valle.

—Señor Cura, todo lo que usted me cuenta es muy interesante; pero yo no voy a estar aquí toda la tarde abusando de su complacencia en atenderme. Tengo los nervios de punta y un hambre horrible. Haga el favor de decirle a Luis si no será ya tiempo de cortar sus expansiones con toda esa gente y volvernos a casa. Dígale que si él no viene, me marcho sola.

El tono era tan perentorio que el Cura, atolondrado, no se atrevió a negarse. Le impone esta mujercita de hoy, tan retocada, tan perfilada, toda artificio; pero cuando empieza a buscar a Luis Ribera entre el grupo compacto de gente que comenta lo acaecido, se da cuenta de que va a ser obra de moros cumplir el encargo de la señorita. Porque Luis había encontrado maña suficiente para hurtar a Josefina a la compañía de sus dos enamorados y refugiarse con ella junto a los pinaos de la costa. Dada la actitud de ambos, el padre Cura no cree tarea fácil, ni mucho menos, convencer al señor de La Foya de que se reintegre a la compañía de la arisca y dominante señorita del cocine.

No obstante su costumbre al trato de gentes, Luis Ribera sintióse cortado cuando, des-

pués de arrastrar a su amigueta cogida de la mano, se encontró cara a cara con ella bajo los pinos.

—¡Caramba! —exclamó con nerviosa risita—. ¡Te has puesto estupendamente guapa, muchacha!

Josefina, se advertía algo pálida, cosa muy natural después del reciente susto; pero, al oír a Luis, todas las rosas grana de la primavera, parecieron estallar en su cara.

—¿Cómo has cambiado! Te encuentro más alta... —repitió Luis, tontamente.

—¿Usted lo cree? —contestó la moza, muy turbada.

Ella también estaba torpe. Luis lo notó y este hecho produjo un efecto instantáneo de volverle a su aplomo habitual.

—¿Qué es eso de usted? ¿Estás loca, muchacha? ¿Desde cuándo se hablan de usted dos compañeros de juegos? Llámame Luis como siempre y háblame de tu. ¡No faltaba más! Sería ridículo. Y dame un beso inmediatamente como cuando éramos los mejores amigos del mundo y yo pensaba que tenía dos hermanitas en lugar de una. O voy a creer que eres tornadiza e inconsecuente y que tienes la costumbre de volverles la espalda a los amigos.

Josefina disimuló su emocionada turbación con una risa alegre.

—¡Un beso! Estás de remate. ¿Para qué querían más las buenas lenguas, que no entienden de matices sentimentales ni de delicadezas? Pronto dirían que tú eras un fresco y yo una descarada. Además, de que aquella señorita, que te espera en el "auto", podría pedirte cuentas...

No la dejó seguir. Trató de robarle un beso; pero Josefina lo evitó, riéndose, y en ese momento se acercaron al grupo el señor Cura y Antonio Vaquer a quien el muchacho sacó algo abochornado aunque lleno de sincera cordialidad. Recostada contra el rugoso pino, Josefina sentíase sin respiración; el corazón le latía como potro desbocado. Seguramente, no había descansado aún del furioso ejercicio de la cadena. Ahora, tenían sus ojos un brillo de oro y continuaban entrojecidas sus mejillas. La loca carrera de un rato antes

puso en revuelto aquella preciosa melena cuyos rizos crespos caían sobre sus mejillas como cuando era niña. Un momento, los ojos de Luis se hundieron en los de Josefina y allí le pareció ver reproducidos los días gloriosos de su infancia. Los naranjales, los pinares, el secano con sus vides, olivos y algarrobos, el almendral, los corredores y el granero de La Foya, el viejo libro de los retratos, el escaló frecuente de los taludes de la cañada... Al recuerdo de estas escenas, empezó a reírse, súbitamente alborozado de verse allí de nuevo, entre los naranjos en flor, junto a la mansa playa, bajo el cielo azul que le vieron nacer. Y no sabe nadie como aconteció; pero el caso fué que, de repente, empezaron a unirse las manos de todos y surgió el coro más afianzado que antes, más concurrido para comenzar de nuevo el canto tradicional de la *Tarana*. Así fué que el Cura intentó en vano dar su recado y Margarita Ribera, en el colmo de la vejación que le encendió en iras y rencores, quedóse olvidada de todos en su cochecito sin poder regresar a casa porque el corro, invadiendo la carretera, le obstruía el camino. Y mal de su grado tuvo que asistir al que ella calificaba de grosero espectáculo.

La ausencia de Luis, duró apenas diez minutos; pero a Margarita le pareció un siglo. Cuando le vió llegar —¡al fin!— junto al coche, llevando del brazo a la estúpida muchacha del atropello, riendo y hablando con ella tan contento y feliz como si nada hubiese ocurrido; como si ella —Margarita— no hubiese estado a punto de matarse por causa de la embécil, ni por su culpa también. Luis no la hubiese postergado dejándola sola y arrinconada para ir a mezclarse con aquella gentuza que poco antes la hubiera mordido por haber atropellado a su ídolo y que ahora, seguramente, se burlaban de ella al verla olvidada... Cuando le vió llegar —¡al fin!— sintió el poco elegante y menos caritativo deseo de arañarle. Aun se crispó más al oír las cordiales palabras y el cariñoso ademán con que Luis trató de hacer la presentación de Josefina:

—Esta es Josefina Vaquer, querida. A pesar de ser tan joven, es mi más vieja amiga. Espero y deseo que, tú y ella, seáis también...

Cortó, Margarita, con tono agrio:

—Esta señorita y yo, podremos hacer nuestro conocimiento en cualquiera otra ocasión más oportuna, ¿no te parece? Por ahora, creo que estará bien que volvamos a casa en lugar de entablar conversaciones con gente extraña. Me parece que ya te he esperado demasiado.

Al oír las primeras palabras despectivas de Margarita Ribera, Josefina retiró su brazo suavemente, del de Luis y quedó muda, hondamente herida. No estaba hecha a semejantes tratamientos, ella, a quien adoraban cuantos la conocían por su dulzura, por su simpatía. En el fondo de su corazón, sintió una gran piedad por Luis, lamentando el triste papel que le hacían representar delante de tanta gente.

Luis, intentó calmar a la irritada señorita y en el empeño que para lograrlo hubo de poner, se olvidó de excusarse con Josefina. Después de una rápida y tierna presión sobre la mano de su antigua camarada, subió al "auto". Sólo cuando Margarita puso el motor en marcha, volvióse Luis hacia Josefina para despedirse.

Al borde del camino, quedóse la muchacha mucho tiempo hasta que, envuelto en las tolvas de polvo que levantaba, desapareció el cochecito en la lejanía. Los brazos caídos, la actitud doliente —mientras la gente continuaba sus juegos bullangueros— Josefina, miraba y miraba al lugar por donde Luis había desaparecido. No quería engañarse. Su instinto y su recuerdo se lo decían tan claro... La cara de Margarita era una copia viviente de aquella otra doña Margarita que Luis amó con todas sus ilusiones de soñador desde el día que halló su retrato en el viejo álbum de familia. ¡Conque ésta era la hermosa mujer que Luis amó desde antes de haberla conocido! ¡Esa era la novia rica y elegante que le había buscado la abuela! La que pensaba el chiquillo queter con tan grande ternura que nunca sintiera ella el deseo de hurtarse a la vida rural del "mas", embellecida por el amor del mozo y por su compañía... Se había lucido doña María Antonieta, porque aque-

llo era una fierecita sin dornar. Triste tarea para un hombre, la de tener que educar con severidad y energía a una novia, a una esposa... Tarea desagradable que Luis no llenaría bien, cariñoso de suyo, algo débil de carácter... y enamorado. ¡Pobre chico!

Josefina recordó, con el corazón oprimido, aquella carita repintada, con su delicado cutis de porcelana descompuesto por la cólera; los ojos azules como la genciana que tuvieron un duro brillo metálico y la boca de labios muy rojos y muy crispados en un gesto de enfado... Suspiró al recordar que en la expresión de Luis se reflejaba el cansancio y el dolor cuando subió al "auto", obedeciendo las imperiosas órdenes de su compañera. Mentalmente la muchacha formuló una imprecación que salió de su alma ansiosa por la felicidad del que amaba:

—¡Virgen Santísima, Madre de Dios!... Ruega a Nuestro Señor que sea dichoso...

Poco después, la mano amiga del doctor se posaba suavemente en su hombro.

—Josefina... ¿No viene a terminar la tarde con nosotros?

Ni una alusión, ni un reproche. Era demasiado comprensivo y demasiado delicado para ello. Sólo quería arrancarla a aquella amarga contemplación que la tenía muda y apartada de todos.

Se rehizo, Josefina: con un estremecimiento.

—Sí, voy, ya lo creo...

Corrió con él hacia la playa. El sol estaba ya queriéndose ocultar; pero como el día era templado, la gente continuaba disfrutando con sus juegos bulliciosos. Josefina, tomó parte en ellos, aunque todos notaron que su alegría había desaparecido.

* * *

"Ven a pasar la tarde con nosotros: tomaremos chocolate con pan quemado y conocerás a la novia de Luis".

Así decía, entre otras cosas, la esquelita firmada por Marcela que Josefina acababa de recibir.

— Y va usted a ir? —preguntó, ansioso, el doctor después de leer las anteriores frases.

—No sé qué hacer.

—No vaya. ¿A qué va a ir a allí, como no sea a sufrir y a recibir algún desaire? La vieja no puede verla a usted. Nunca la ha querido. Yo lo deduzco por lo que usted me cuenta. Y desde hace algún tiempo —justamente desde que la niña insignificante de ayer se ha convertido en la muchacha preciosa de hoy— pone todo su empeño en alejarla a usted de La Foya y del trato con Marcela porque tiene miedo horrible de que su nieto se enamore de usted y se le malogre el casamiento con la hija adoptiva del señor Armengol. ¿No ha pensado usted nunca en esto?

—Algunas veces.

—¿Y qué necesidad tiene de sufrir desaires de nadie, y menos de esa vieja loca y de esa chiquilla mal criada que no le llega a usted a la suela del zapato?

—Me duele contrariar a Marcela. Tiene un empeño grande, ya lo ve usted. Y está tan sola, la pobrecilla... No tiene más amiga que yo.

—Déle usted una excusa y vaya otro día. Puede decirle que está usted invitada a la "mona" de los de Esteve y que no puede desairarles. Además, hoy es San Vicente, el santo del señor Esteve, tan amigo de su padre de usted. Se ofendería si usted faltara a la merienda.

—Es verdad; pero usted no sabe... Mire, doctor: esta invitación de Marcela me parece, no sé por qué, inspirada por su abuela. La vieja ha debido percatarse de que yo he cometido la tontería de soñar un poco a cuenta de su nieto; y no contenta con distanciarlo de mí y buscarle una novia más bonita y más rica que yo, siente el prurito de —lo diré con una frase muy vulgar— de restregar-me esa novia por las narices. Y de darme el espectáculo del enamoramiento de Luis. Ella sabe que eso, para mí, es como un puyazo.

—Puede ser. Es bastante mal intencionada para eso.

—En cuyo caso, la invitación es un reto.

—Tanto como eso...

—Sí, ya lo creo. Es aquello de decir: "¿A que no viene? ¿Cómo ha de venir y afrontar la comparación con la novia? Y si no viene,

es porque tiene miedo..." ¿No lo ve usted claro?

—Quizá tenga usted razón.

—Y voy. ¡Ya lo creo que voy! Si cree ella que me voy a desmayar de la impresión y del coraje cuando los vea amartelados, está muy equivocada.

—¡Qué femenino es eso, Josefina! —exclamó con adoración el doctor. —Y toda usted ¡qué encanto! ¿Por qué ha colocado tan mal su cariño? ¿Por qué no ha de quererme? Usted no sabe lo feliz que sería conmigo...

—Hemos quedado la otra tarde en que respecto a este asunto íbamos a poner punto y aparte, ¿no?

—¡Mala!

La primera impresión que tuvo Josefina Vaquer cuando pisó los umbrales de la vivienda tan conocida de los Ribera, fué de franco asombro. Todo estaba cambiado de arriba a abajo, como si lo hubiese tocado la varita mágica de un hada. Verdad era que ella hacía algún tiempo que ni ponía los pies en La Foya. Sus deberes de ama de casa, muy hacendosa, no la dejaban tiempo libre para devolver a Marcela sus frecuentes visitas. Además, las dos preferían reunirse en el molino donde no se sentían sobrecogidas por la presencia de la Gobernadora. Pero, pese al tiempo que pudiera haber transcurrido desde que ella no había estado en La Foya, eran inexplicables tales mudanzas. ¿Quién vió nunca, jamás, a Paca más tiesa que un palo, con un serio uniforme de seda —de seda!— negro, con puños, cuello y delantal de encaje color crema y una cofia —¡una cofia, Paca!— rizada con largas bridas de terciopelo también negro?... La deslumbraron los reposteros y tapices del vestíbulo y la asombró positivamente la tapicería flamante y las alfombras nuevas de aquel saloncito donde doña Irene solía pasarse las horas muertas, sentada en su sillón. Acobardada por todo este lujo que se despedagaba, con su estilo moderno, del talante antañón de la casona —parecía una vieja vestida grotescamente con galas de niña— entró: siguiendo a Paca, más estirada y más agría que nunca, en la terraza del Mas, lle-

na, como siempre, de los tios de flores que cuidaba Marcela.

La familia estaba reunida en torno a una mesita con ruedas cubierta por valioso mantel de encajes y servida con rica serie de golosinas cuya receta no debía poseer Teresa la Rabuda, pese a su fama de cocinera. La Gobernadora, estaba sentada como una emperatriz en un sillón de alto respaldo. Se peinaba con moño alto y lucía una hermosa peineta. Su peinado y su traje de seda verde oscuro, podrían ser anticuados, pero eran sin disputa de una majestad y de un señorío que casaban bien con el aire altivo de la mujer y con el marco de la casa solariega. Lo que más deslumbró a Josefina —que siempre la había visto sin alhajas— fué el magnífico collar y las deslumbradoras sortijas y pulseras que lucía. Marcela, estaba sirviendo el té cuando ella entró. También parecía diferente y favorecida con un traje muy bien hecho de crepón rosa. La madre, solamente, era la única que no había cambiado: continuaba vistiendo su traje negro y ni una joya quebraba el ritmo grave de su luto eterno por el muerto amado. Todo el ornato que la vieja no pudo imponerle, no obstante las insistentes razones, vino a acumularse en derredor a ella como una protesta: y así su sillón vestido de deslumbrantes sedas, de un rojo vivo, estaba lleno de costosos almohadones lujosamente bordados.

La mirada atónita de Josefina, resbaló desde la vieja dama hasta la figura doliente de la nuera —descentrada— y vino a prenderse en la silueta amable de Marcela que manejaba con aire encogido —con miedo a romperlos— los chismes futuristas de un rico juego de té. ¡Santo Dios! ¿Pero de dónde había salido todo este lujo desatinado? ¿Es que Luis ganaba los dineros a espaldas?

Sin embargo, lo más interesante en este grupo de familia, era la pareja que formaban los novios: ella, sentada en un sillón de junco japonés, con el cigarrillo entre los labios, vestida —vestida?— con exquisito y lindo traje de gasa *Georgette* azul celeste, dejando al descubierto unos perfectos brazos, un escote y un cuello como para ser tallados en mármol. Ahora, le hizo a Josefina una impresión muy

diferente de aquella irritada y torpe conductora que perdió su corrección, produciendo antipatías entre la sencilla gente que concurría a la "mona". El se sentaba casi enfrente de ella, comiéndosela con los ojos, embobado.

—¡Josefina! —gritó Marcela, al divisarla Ven aquí, en seguida, querida. Hace media hora que te estamos esperando y ya estaba sirviendo el té creyendo que no ibas a venir.

Josefina, que parada en el umbral había sentido de repente fuertes tentaciones de echar a correr al verse blanco de todas las miradas, no tuvo más remedio que hacerse el ánimo y entrar en escena saludando a las señoras y mezclándose, al fin, entre toda aquella gente inflada de pretensiones y grandezas que ella sabía, por una intuición certera, que le eran hostiles. Esta impresión no pudo disiparla ni siquiera el cariñoso beso que puso en su frente la madre de Luis. "Sentía" que estaba haciendo el triste papel de intrusa: algo muy semejante al papel de una persona de clase inferior a la cual se tolera sin ser muy bien vista en el círculo familiar. Y Josefina era orgullosa. Se rebeló contra aquello y lamentó mil veces que ese mismo orgullo la hubiera llevado a aceptar el reto de la vieja maligna que estaba en aquel mismo instante asacetedola con la mirada burlona que la dirigía a través de sus impertinentes. Necesitó echar mano de todo ese mismo orgullo para no acabar de atolondrarse, cuando Luis —que se había levantado prestamente al divisarla— fué a saludarla con ceremonia —como si ella fuese una señorita encopetada y no Josefina la del molino, la chiquilla que había jugado con él siendo niña— presentándola a su novia con toda etiqueta.

—La señorita, Josefina Vaquer, hija del señor Vaquer, nuestro vecino —ahora no dijo "mi amiga"— y la señorita de Ribera, mi prometida.

La estocada fué certera, pero, aunque dió en el blanco, se embotó en la coraza de dignidad de que se había revestido Josefina y por ello, doña María Antonieta, no tuvo el gusto de verla palidecer, ni tambalearse, ni dar señal alguna de contrariedad ni de disgusto. En cambio se mordió los labios, despechada, ante la sonrisa amable y el ademán discreto y

la actitud graciosa con que la molinera saludó a Margarita Ribera. Esta, suspendió un momento su tarea de comer pasillas de café con leche para tenderle su linda mano mientras ponía una mirada —más impertinente que a mistosa— sobre el bonito vestido de crespón blanco, el discreto collarcito de perlas, los zapatitos de ante immaculados y la preciosa cabeza morena de Josefina. Esta mirada tuvo el poder de desconcertarla completamente. Se sintió de repente muda y torpe y furiosa consigo misma por esta misma topeza. Ella era de suyo expansiva y habladora. Sin embargo, ahora se encontraba como si de súbito una amnesia total hubiese borrado de su mente todas las ideas y no pudiera contestar más que sí o no, o respuestas muy breves a las preguntas altaneras de la novia de Luis.

—¿Han terminado las "monas"?

—Todavía no.

—¿Qué costumbres más ordinarias! Todos mezclados y cantando aquella tonadilla tan fea... ¿No les duele a ustedes la cabeza cuando acaban?

—No.

—¿Y hasta cuándo duran?

—¿El qué?

—Las juergas. Quiero decir las "monas".

—Hoy y mañana, y pasado. Es pascua de San Vicente.

—¿Y siempre se arma el mismo escándalo?

—Siempre que la gente está de humor.

Marcela, a quien el tono de Margarita ponía muy nerviosa, quiso cortar de un golpe este duelo molesto.

—Toma una taza de té. Josefina — invitó.

—No, gracias, querida. He tomado café con leche y tostadas, antes de salir de casa. Tuve al doctor y a Joaquín, y al registrador invitados y no tuve más remedio que tomar algo.

—Pero una taza de té es tan poca cosa... Voy a servírtela.

—Por darte gusto. Ya que te empeñas...

Languideció por completo la charla mientras tomaban el té. Josefina, se encontraba cada vez más asombrada ante los pormenores de aquel modernismo absurdo con el cual cubría la Gobernadora, como con una mascarilla,

la fisonomía venerable de la vieja casa llena de tradiciones y recuerdos. A la molinera le parecía todo esto, vulgar y triste. Marcela miraba extrañada a su amiga sin poder explicarse su silencio y Josefina se exprimía en vano el magín para encontrar tópicos de conversación. Nadie la ayudaba en esta tarea. La vieja no había abierto la boca desde que Josefina entró en la terraza; Luis estaba muy ocupado en mirar a su preciosa novia y no le quedaba tiempo para atender a nadie. En cuanto a Margarita, tenía bastante con bostezar tras de su abanico, lamentablemente aburrida. Al fin, la madre, siempre buena y discreta, fué la que viendo —y, ¿quién sabe si adivinando?— el oculto motivo de aquella cortedad y aquel silencio, la sacó del apuro insinuándole a Marcela la idea de que enseñase a Josefina el salón. La idea encantó a Marcela, que ya iba sintiéndose molesta también en aquel ambiente cargado de hostilidad. Si pensaba desairarla de aquel modo, ¿por qué hizo la abuela que invitase a Josefina?... Mientras cruzaban juntas la terraza, unas palabras hicieron los oídos de Josefina Vaquer, pronunciadas por la señorita de Ribera.

—No está mal la campesina. Es bastante bonita. Supongo que será la Venus rústica del lugar. No me lo has dicho nunca, Luis. Seguramente habrá sido tu entretenimiento en este plan aburrido, ¿no? No hay más que echarle la vbra encima para descubrir que está coladita por ti, pobre chica.

Josefina, sintió lágrimas de rebeldía, humillación y dolor, cuajarse en los ojos; pero se las tragó como una purga y traspuso el umbral sin llegar a saber nunca lo que Luis había contestado.

—¿Verdad que es guapísima la novia de Luis? — preguntó Marcela fervorosamente.

—Preciosa, sí... contestó Josefina, mecánicamente.

—No es de extrañar que mi hermano haya perdido la cabeza por ella.

—No, claro...

(Continúa)

EDUCAD A VUESTROS HIJOS

P. Sofronio Izu, A. R.

V

Un Cuadro Edificante

De lo dicho en los artículos anteriores se desprende la importancia inmensa que la madre cristiana debe conceder a la formación moral y por consiguiente, a la educación religiosa de sus hijos. De esta altísima estima en que deberá tener la perfección espiritual de éstos, se desprenderá indispensablemente una esmeradísima solicitud por conseguir este ideal educativo por parte de aquella.

Porque, por una parte la vida le está diciendo con su aleccionadora experiencia que es preciso vigorizar este tierno y débil ser que en el orden moral el niño representa.

Inclinado por naturaleza a toda clase de bajezas y miserias como la fe en su doctrina del pecado original, y la vida con su diaria experiencia nos enseñan, necesita, ya desde sus más tiernos años, que una mano cariñosa, fuerte y suave al mismo tiempo, le vaya mostrando el camino del bien guiándole por las sendas del bien y sosteniéndole para que no se extravíe por las veredas del mal; le es indispensable que un ser amigo vaya regando y cultivando este tierno y débil tallo que más todavía que en el orden físico en el espiritual es imagen del niño, con el fin de infundirle, siempre con la ayuda celestial, una debida robustez y bondad de ideas, costumbres y sentimientos.

El niño que no tiene este vigor moral, esta salud espiritual será al correr de los días, no lo dudes, oh madre cristiana! será pobre y triste víctima de todas las contingencias, peligros y tentaciones, pecados y crímenes quizás; será hoja a merced de todos los vientos, o arrebatada por el huracán o la tempestad de todas las pasiones desencadenadas. ¿Cómo podrá resistir el fiero empuje de los vendavales de la codi-

cia, de la soberbia, de la lujuria, del odio, de la venganza, y la furia de todas las concupiscencias desatadas, si no está bien arraigado en las grandes convicciones de la Religión? El arbolillo endeble y desmenuado será abatido fácilmente a las primeras embestidas del cierzo huracanado. Por el contrario, el árbol vigoroso y corpulento que afianza hondamente sus múltiples raíces en el corazón de la dura tierra resistirá sin menoscabo y sufrirá impávido los más furiosos embates del huracán. Pues, ved, madres cristianas, que aquel arbolillo raquítico y abatido es imagen del niño que no ha recibido el cultivo de una esmerada educación religiosa, este otro ejemplar gigante y fuerte lo es así mismo del niño bien imbuido en los principios de la Religión que le han sido inculcados bajo la amorosa invitación y vigilancia de una madre por medio de una solícita educación cristiana.

Todo, pues, le está diciendo y urgiendo a la madre en favor de esta educación cristiana: Dios y los hombres, la Religión y la Patria, la vida y la muerte, la razón y la experiencia, el presente y el porvenir le están obligando sacratísimamente, o interesando y estimulando intensamente a que reparta a sus hijos el pan saludable, nutritivo y necesario de esta formación religiosa.

Pero además, ¿dónde están no sólo el verdadero interés sino también el bien entendido gozo, la alegre satisfacción, el puro idilio, el arrebatador encanto, en una palabra, todos los bienes, y frutos que una madre puede esperar y obtener de la fiel correspondencia y del agradecimiento de sus hijos? La vida diaria con el lenguaje elocuente de los hechos que hacen resaltar el contraste tan marcado que existe entre un joven que ha vegetado a su capricho y talante sin educación alguna religiosa y

otro que en el seno de una familia cristianísima y bajo la solícita mirada de una madre profundamente piadosa ha recibido de una educación intensamente religiosa, nos puede dar testimonio fehaciente de esta verdad.

Hay una clase de belleza moral que no ha pasado desapercibida a los artistas del pincel. Existen, en efecto, varios cuadros en que sus beneméritos autores han logrado expresar sus nobles sentimientos cristianos, y han destacado su fe y al propio tiempo su exquisito temperamento artístico, atisbando con ojo certero un paisaje espiritual de nada común belleza delicada y escondida. Con las consiguientes variantes tan naturales como insignificantes, la figura central en todos estos cuadros es una madre, una madre cristiana, noble y modestamente sentada que apoyando en sus rodillas y con la mano izquierda al hijo de sus entrañas, va guiando con la otra la manecita deliciosamente torpe de su gran pequeña prenda mientras le enseña a trazar la Señal de la Cruz sobre la inocente y tersa frente, sobre su boquita entreabierta, sobre el pecho blando y cristalino de su hijo. En la grave actitud serena y equilibrada de la madre resplandece y se destaca vivamente, al par de la conciencia de su bella acción, el premio de la alegría aneja a toda obra buena, y se interpreta fácilmente una esperanza fundada de un dichoso porvenir no lejano, bendecido por el Dios en Quien confía y Cuya imagen quiere estampar en la carne en el corazón y en el alma de su hijo, entre caricias y besos, esto es, transportada de gozo. Ambos son felices, y esta felicidad reflejada intensamente en los cuadros pintados por la mano del arte no es sino un pálido trasunto de la que se goza en las escenas reales de la vida, en el gozo escondido del hogar cristiano.

Es muy natural por otra parte. Porque si la felicidad consiste en el reposo, bien se ve que el niño descansa en la madre, y la madre en Dios.

Madres cristianas que me estáis leyendo: me complazco en suponer que vosotras habéis gustado de este delicioso encanto maternal y místico. Repetid con frecuencia esta acción cristiana y generosa; reproducid con noble porfía este cuadro de vida y de hermosura, si queréis abrevad vuestras ansias de embriaguez en esta fuente inagotable de las más dulces, profundas y sanas alegrías.

Marcilla y noviembre de 1938.

De "La Madre Cristiana" Caracas

La Madre

De "Revista América". Habana.

La Madre es la que, en su seno, recoge el tierno capullo humano, todavía con la vida vacilante; ella lo contempla, por primera vez, con ojos cuajados de lágrimas y de celeste curiosidad. Lo amamanta, lo cuida, lo protege. Le abre dulcemente, los ojos a la vida; le contesta las primeras e ingenuas preguntas; lo consuela en sus dolores físicos y morales; lo cuida no solo con las manos del cuerpo, sino también con las potencias del alma; y si viene la desgracia, ella cae abrumada de dolor, como un lirio tronchado, sobre el lecho del moribundo del hijo amado.

Cuando todo desaparece en las tenebrosas noches del infortunio, queda la madre.

Dios le ha dicho al hombre: podrás quedarte solo; podrán abandonarte los amigos, acosarte la sociedad, olvidarte el amor; podrá envolverte el dolor como un círculo de fuego, podrán perseguirte los hombres con sus odios feroces... pero no te faltará, nunca, una aurora de consuelo en la noble frente de tu madre, que todo lo comprende y lo perdona. Jamás te abandonará la mirada divina de tu madre, para la que siempre eres el mejor y el más bueno.

Todo verdadero hombre sabe lo que es el recuerdo de su madre ausente; es el desgarramiento íntimo del corazón. Cuando ella se va de este mundo, también se va con ella parte del alma de sus hijos.

José Manuel Cortina

TERESA NEUMANN

Milagros más directamente conexos con el dogma de la Maternidad divina de María

Es muy frecuente que, cuando un hombre incrédulo se encuentra frente a un fenómeno que no tiene explicación natural, como lo es el que una persona viva años enteros sin comer ni beber, empiece dando por supuesto que todo es pura superchería. Por eso es de gran interés que nos detengamos a relatar lo que pasó con Teresa en los dos o tres años que precedieron a su estigmatización, porque en este período preparatorio se pone de manifiesto la imposibilidad de que, tanto ella como su familia, estén representando una comedia.

Sólo un loco puede pensar que se hayan puesto de acuerdo Teresa, sus familiares, el párroco, los médicos y los habitantes de la aldea, para inventar las milagrosas curaciones que fueron el prólogo de los prodigios que después presenciaron y siguen presenciando, tantos miles de personas, y que han llegado a ser objeto de apasionadas discusiones en el mundo entero.

Konesreuth es una aldea de mil habitantes sita en el Palatinado Superior (Baviera); está enclavada en una región fría y cubierta de bosques, cerca del extremo Noroeste, en el que la frontera checoslovaca avanza hacia el interior de Alemania. No tiene fábrica ni industria alguna; pero posee la mejor de las riquezas; la pielada de los vecinos, que son casi todos católicos.

En todas las casas hallaréis el Crucifijo y la pila de agua bendita, y se ve con frecuencia que los que no pueden asistir a la Misa, cuando oyen el toque de la elevación de la Hostia, interrumpen sus ocupaciones para arrodillarse.

En una pequeña plaza, plantada de tilos, pobre y sin ningún atractivo, se encuentra la iglesia; cerca de ella están la casa rectoral y la del sastre del pueblo, Fernando Neumann, padre de once hijos, de los que la mayor, Teresa, tuvo que ganar el sustento fuera de casa cuando no había cumplido aún los catorce años, pues el oficio de su padre no producía lo bastante para los gastos de tan numerosa familia.

Era entonces Teresa una niña hermosa y robusta, de carácter afectuoso, sencilla y muy trabajadora. Al separarse de sus padres, entró de sirvienta en casa de un labrador, vecino de la aldea, llamado Martín Neumann.

Dos años después se declaró la guerra, y como faltaban los hombres, fué necesario que Teresa desempeñase las labores más penosas. Su robustez le permitía labrar, segar, conducir el carro, trabajar con las máquinas agrícolas y cuidar de la casa;—siempre alegre, cantando con fre-

cuencia, y sin quejarse nunca. Se recuerda que subía con facilidad sacos de setenta y cinco kilos al desván de la casa.

Su piedad era sencilla, sin nada de extraordinario; no le gustaban las singularidades ni tenía muchos libros de devoción; sólo sentía particular afición al ejercicio del Viacrucis y le conmovía mucho pensar en la Pasión del Señor, porque su carácter era alegre sin encogimiento, no le gustaban los bailes y diversiones mundanas; antes bien, su deseo de servir a Dios y a los prójimos le hizo formar el designio de entrar en una Orden religiosa, con preferencia en una de las que se dedican a misiones en tierras de infieles. Dios, sin embargo, tenía otros designios sobre ella.

El 10 de marzo de 1918 se declaró un incendio en la casa contigua a la de Martín Neumann, en la que, como hemos dicho, estaba Teresa sirviendo. Para inundar de agua las habitaciones inmediatas al fuego, se encaramó un hombre sobre una escalera. Teresa, subida a una silla, recogía los cubos de agua que traían los vecinos y se los pasaba a este hombre. Esta labor penosa, continuaba durante más de dos horas, juntamente con la excitación febril con que se trabaja en estos casos, no sólo agotó sus fuerzas, sino que parece que le causó una lesión en la médula. Sintió una punzada en la región lumbar, resbaló el cubo de sus manos y cayó desplomada.

Los dolores en la espalda continuaron con tal intensidad desde aquel día, que Teresa era casi inútil para el trabajo; pero no se resignaba a llevar una vida inválida y continuó ocupándose en las faenas que exigían menos esfuerzo. Fuese que pretendía hacer más de lo que podía, o fuese que la enfermedad continuaba avanzando, lo cierto es que, en una ocasión en que se hallaba,

CONSULTORIO OPTICO "RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.
LENTES Y ANTEOJOS DE TODO:
PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

durante el verano, trabajando con los brazos levantados, volvió a sentir dolor en los riñones y cayó de espaldas.

En octubre se recrudeció el mal, hasta el punto de iniciarse la parálisis, por lo que fué preciso llevarla al hospital de Waldsassen, en el que permaneció dos meses. En lugar de mejorar, se le presentaron tan fuertes calambres, que se echaba fuera de la cama, retorciéndose de dolor, y batía los dientes en forma que llegó a romperse los de la mandíbula superior, que actualmente hacen contraste con los de la inferior, en la que conserva su hermosa dentadura.

No terminaron con esto las pruebas que Dios le mandaba. Sobre la pena de verse postrada en cama, sufriendo tantos dolores y siendo una carga para los de su casa, de la que, como hemos dicho, había tenido que salir, porque el padre no ganaba para sostener a sus numerosos hijos, le espetaban aún nuevos trabajos.

En marzo de 1919 le acometió una afección a la vista que le dejó en breve completamente ciega. En diciembre de 1922 se le formó un tumor en el cuello, que le causaba grandes molestias aún para tragar agua sola. Además de esto, se le formaron llagas fétidas y purulentas en la espalda, y, sobre todo, una tan profunda en el pie izquierdo, que puso el hueso al descubierto.

Teresa había sido asistida por cinco médicos: Geobel, Dürschentreuth; Burkhardt, de Hohenberg; Hitzelberg, de Mitterteich; Franch, de Valdassen, y Seijl del hospital de esta misma ciudad. El Dr. Eval estudió, durante quince meses, su enfermedad nerviosa; durante el curso de ella la visitaron cerca de trescientos médicos, muchos de los cuales tomaron fotografías. No puede, por tanto, quedarnos duda alguna de la existencia de todas estas enfermedades, que iban a ser curadas por una serie de milagros.

Ciega, paralítica, cubierta de tumores y sufriendo dolores horribles, ocupaba Teresa una cama de la boardilla de su casa; su situación, según el modo de ver las cosas de los que no tienen fe, apenas podía ser más desesperada; pero Dios la colmaba de bienes espirituales en la misma medida en que le quitaba los temporales. Era tan grande su conformidad con la voluntad de su criador, que ni siquiera le pedía recobrar la salud; y ahora que se ve sana y llena de honores, siente pena, por ser objeto de la admiración del público, y pide a Dios que la vuelva a su anterior ceguera.

Nadie podía sospechar entonces que aquella pírfra humana había de ser, poco tiempo después, el objeto de la preocupación del mundo entero, y que la aldea de Konnersreuth, que sólo era visitada por los vecinos de los pueblos cercanos, se iba a hacer famosa en todo el mundo

y había de ser frecuentada por miles de personas ansiosas de presenciar los prodigios de que sería protagonista aquella pobre muchacha, que había empezado su carrera en este mundo siendo criada de un labrador y había tenido que dejar este pobre modo de vivir, para caer en una cama convertida en un monstruo cuyo aspecto inspiraba horror, en la edad de la vida en que la mayor ilusión de la mujer es tener un aspecto agradable.

Parece que Dios quiso poner este prólogo en la vida de Teresa, para hacer más patente que todo cuanto pasa en Konnersreuth sucede para que abran los ojos del alma los que tienen muerta la fe. Y así como la humildad de nuestra protagonista es garantía de que no se trata de una impostora que busque honores, así también el desinterés de su familia, que no quiere admitir un céntimo de nada, a pesar de su situación precaria, es demostración palpable de que no buscan otra cosa que cumplir la voluntad de Dios. Entre las muchas proposiciones que se les han hecho, y que han rechazado siempre, han figurado ofertas de cantidades fabulosas por el permiso de filmar uno de los éxtasis de cada viernes.

Antes de empezar la narración de la serie de sucesos prodigiosos que comenzaron el 29 de abril de 1923, debemos explicar el origen de una devoción especial que tenía la enferma. En agosto de 1914 adquirió Fernando Neumann, en Waldsassen, dos estampas de la monja carmelita Teresa de Lisieux, célebre ya entonces por sus milagros, y conocida universalmente, ahora que está canonizada, con el nombre de Santa Teresita del Niño Jesús.

La gloriosa monjita de Lisieux y la pobre enferma de Konnersreuth llevan el nombre de la gran mística española, reformadora de la Orden del Carmelo. Teresa consiguió particular devoción hacia la monjita su tocaya; fué a Waldsassen a comprar más estampas como las que había traído su padre, y las religiosas le fiaron, además, un ejemplar de la obra "Historia de una Alma", en la que resplandecen con tanta claridad las virtudes de la Carmelita que pronto iba a ser canonizada.

Cuando la enfermedad hubo dejado a Teresa ciega y postrada en el lecho, sus hermanas le leían pasajes de esta "Historia de una Alma", y ella, con la ayuda de su confesor, aprendió a imitar las virtudes de la Santa, sometándose a las duras pruebas que Dios mandaba. Un religioso de la misma Orden del Carmelo, que le había admirado esta devoción de la enferma, le regaló un cabello de la monjita de Lisieux.

La primera curación tuvo lugar el día en que se celebraba en Roma las fiestas de la beatifica-

ción de Santa Teresita, 22 de abril de 1923. Vamos a transcribir el relato que ella nos hace de la curación de su ceguera, en el que emplea los nombres familiares "Real" y "Zenl", con que las llamaba en la casa a ella y a su hermana Crescentia, respectivamente:

"Eran las seis de la mañana. Mi padre tenía que hacer un corto viaje y se acercó a mi cama para despedirse de mí. Yo estaba despierta, pero no podía verla, aunque estaba a mi lado. Salí de casa hacia Mitterreich para tomar el tren. Habría pasado media hora, cuando abrí los ojos. Vi mis manos y mi cámara blanca; pensé que estaba soñando; me restregué los ojos; miré en torno mío, y vi mis estampas, contemplándolas como antiguas amigas, tras larga separación".

"Entró una muchacha en mi cuarto: no sabía quién era, pero al oír su metal de voz conocí que era mi hermana pequeña Zenl. Había crecido mucho en los cuatro años que hacía que no le había visto. Fue a llamar a mi madre, y le dije al verla: "Madre, veo muy bien"; pero ella no podía creerlo, y me dijo: "Real, estás delirando". Me presentó un florero y quise rogarlo, para tocar las flores. Fueron a buscar a mi segunda hermana; al verla, quedamos las dos sorprendidas, y le dije "Otilia, ¿cuanto has crecido! Todas floríamos de alegría".

Por la tarde regresó de su viaje Fernando Neumann, y al día siguiente vino el médico, que quedó maravillado como los de la familia.

SEGUNDA CURACION.—Aunque Teresa había recobrado la vista, seguía paralizada y cubierta de llagas. La del pie izquierdo era tan profunda y seputaba de tal manera, que se hacía necesario la amputación. La enferma veía a su madre llena de engoña, y esto le daba más pena que sus mismos males: por lo cual se decidió a suplicar a su protectora, Sta. Teresita, que intercediera por ella. Cuando le mudaron las vendas, hizo que le pusiesen tres hojas de rosa ben-

ditas que habían sido tocadas a la rumba de la Santa. Pocos minutos después había cesado el dolor; se retiró el vendaje, y se vió que había desaparecido la llaga, y que estaba cubierto ya de piel el sitio que ocupaba. A los pocos días la cicatrización era absoluta.

TERCERA CURACION.—Pasaron dos semanas y llegó el día en que Santa Teresita iba a ser solemnemente canonizada en Roma. Nuestra enferma había empezado también una novena en honor de su protectora; pero sin la menor intención de pedir en ella por su salud, a pesar de que llevaba seis años y medio inmóvil en cama. Es verdad que ya no estaba ciega y que había curado del pie, que se suponía había de ser necesario amputarlo; pero seguía con la misma inmovilidad de la columna vertebral y de la pierna izquierda, que estaba contraída debajo de la derecha.

Era el domingo 17 de mayo de 1925 cuando Roma estaba llena de forasteros que habían acudido a presenciar la majestuosa solemnidad de la canonización. En la olvidada aldea de Konnersreuth se reunían a las dos de la tarde los feligreses con el párroco, Rev. Naver, para honrar a la Virgen María con el ejercicio de las flores de mayo. Los padres de Teresa acostumbraban asistir a esta práctica piadosa; pero aquel día se habían quedado en casa. La enferma, sola en su lecho, estaba rezando los misterios gloriosos del rosario, cuando, de repente la envolvió una luz más hermosa que la del sol; dió un grito y acudieron sus padres.

Así llegaron exclamó: "Madre, ¿dónde está el Sr. Cura? Corrieron a buscarle, cuando el párroco llegó encontró a Teresa en actitud de hablar con una persona invisible, a la que hacía graciosas reverencias. Movía los labios, pero apenas se percibían sus palabras. Se incorporó en la cama, cosa que hacía seis años que le era imposible realizar, porque la columna vertebral estaba rosa, sin permitirle hacer esfuerzo algu-

BETTINA DE HOLST HIJOS

LE OFRECE:

Lanas para Tejer - Filosedá

Hilo Pluma - Arabia

Sedas para Bordar

no sobre ella. Así que estuvo algunos momentos sentada en el lecho, volvió a acostarse, conociéndose en la alegría de su semblante que seguía contemplando la visión con la que estaba departiendo. Pronto, sin embargo, debió de cesar esta dicha, puesto que la enferma rompió a llorar y volvió en sí. Se sentó nuevamente en la cama, cogió el bastón que tenía en la mano para llamar a los de la casa, y dijo: "Ahora puedo andar".

Quiso vestirse; pero fué necesario buscar ropa prestada, porque la saya la había regalado, suponiendo que nunca volvería a usarla.

Cuando se le preguntó quién era la persona invisible con que hablaba antes de sanar, se supo, con asombro, que era la milagrosa monjita de Lisieux, la misma que tenía en aquel año absorta la atención del mundo entero, porque su solemne canonización tenía congregados en Roma a los más altos dignatarios de la Iglesia y a innumerales devotos que habían acudido a la capital del orbe cristiano para tomar parte en los honores que le rendía el Sumo Pontífice declarándola Santa.

Teresa no veía a nadie sólo percibía la luz beatísima que tanta dicha le causaba; pero oía la voz que salía de la luz y que le preguntó si deseaba curarse, a lo que ella respondió: "Para mí está bien todo lo que venga de Dios, tanto que sea curar como seguir enferma o morir". La voz insistió: "¿No te alegraría sentir algún

alivio, para salir de la cama y andar?" A esto contestó Teresa que todo lo que le mandase Dios le alegraba.

Entonces la voz le mandó que probase a sentarse y andar. Obedeció fácilmente, pues conoció que una mano le ayudaba. La voz siguió diciendo que sufriría mucho todavía, y que ningún médico podría curarla; y terminó diciendo: "Ya lo escribí ya una vez: "Se salvan más almas por el color que por los más brillantes sermones". Estas palabras son las que escribió Santa Teresa en su sexta carta a los misioneros, y por ellas conocemos que el milagro fué uno de los muchos realizados por su celestial protectora; pero, en este caso, sin duda quiso que la curación total de su protegida se verificase mediante varios milagros, y por eso no fué completa, puesto que la enferma necesitaba todavía apoyarse en un bastón para andar.

CUARTA CURACION.—En aquel mismo año, el 30 de setiembre, aniversario de la muerte de Santa Teresita, estaba su protegida, a la una de la mañana en la cama, con la luz encendida, rezando las letanias de su santa protectora, cuando ésa volvió a hablarle con la misma voz e idéntico esplendor.

COMPRE

Lotería Nacional

Es la que ofrece más probabilidades de obtener premios de sumas considerables. Además, si se es patriota, debemos apoyarla, pues su producto es para sostener los gastos, aumentar las comodidades, y poner nuestro Hospital San Juan de Dios cada día en mejores condiciones para servir a los costarricenses.

Teresa relata el suceso en esta forma: "Poco pensaba yo en lo que iba a ocurrir, cuando de pronto, vi delante de mí la misma claridad que cuando me curé de la parálisis. Presentóse también esta vez de repente, como el rayo. La luz eléctrica era oscura comparada con ella... Yo miraba y contemplaba aquello. Era una luminosidad sin forma ni figura... Volvió entonces a hablarme la misma voz y me dijo: "Podrás andar sin que nadie te ayude; disminuirá la enfermedad de los ojos; pero vendrá otra enfermedad más dolorosa. Emborra a la gente a que confíe en Dios". "Pero yo ignoro, le respondí, si lo hago todo mal o me hallo en el buen camino. Muchos están enfadados de mí y otros dicen que todo es impostura: por eso no sé si hago bien las cosas". La voz, entonces, me contestó: "Confíate todo a tu confesor y obedécele ciegamente. Desprende del propio "yo", y sigue siempre tan inocente e infantil". Con esto calló la voz y desapareció la luz.

Teresa entonces restregó los ojos y miró alrededor, para convencerse de que no soñaba. Después se levantó y vió que podía andar sin bastón. Convencida ya de que podía caminar sin ayuda alguna, esperó el toque de oración y fué sola a la Iglesia, por primera vez después de siete años de enfermedad.

QUINTA CURACION.—Dejemos que nos la cuente el señor Cura párroco, Rvda. Naber:

"El 7 de noviembre de 1925 tuvo Teresa que guardar cama otra vez. Estuvo durante tres días sufriendo tan grandes dolores, que ya no podía abrir los ojos, por lo débil que había quedado. Por fin, el 13 de dicho mes se decidieron a avisar al doctor Seild, de Waldsassen, que después de un detenido examen, diagnosticó una apendicitis y ordenó el inmediato traslado de la paciente al hospital de Waldsassen porque no se atrevía a res-

ponder del aplazamiento de la operación ni aún por veinticuatro horas. Aunque el doctor Seild es una autoridad en enfermedades del apéndice, creían los padres que me pondría yo de su parte para que no fuese llevada al hospital, y me llamaron; pero yo, después de conferenciar con el doctor, les mandé que viesen en todo la voluntad de Dios y no se opusiesen. Corrió entonces el padre a buscar un coche, y se puso la madre a preparar la ropa. La enferma me preguntó si podría pedir a Santa Teresita que la curase sin operación, si así era la voluntad de Dios, no porque ella rechazase la operación, sino por lo muy desolada que estaba su madre.

"Viendo que estaba yo conforme con su proposición, hizo que le pusiesen sobre la parte enferma una reliquia de la Santa. Mientras dirigían las presentes sus oraciones a Santa Teresita del Niño Jesús, se retorció la enferma en el lecho como un gusano, y sólo mentalmente era capaz de orar, diciéndole con el corazón a Santa Teresita: "Sé que puedes aliviarme; a mí todo me está igual; pero compadécete de los lamentos de mi pobre madre".

"Después de esto se incorporó de pronto en el lecho, y, con el semblante transfigurado, abrió los ojos, levantó las manos, tendiéndolas hacia una persona invisible, y exclamó: "Sí". Acabó de sentirse bien en la cama, abrió varias veces la parte enferma, y volvió a decir: "Es verdad".

"Al preguntarle si la había visitado su protectora, respondió que sí y que le había mandado que fuese "de contado" a la Iglesia. Dirigiéndose a su madre, le dijo: "Traeme mi vestido". A su padre le dijo que había visto una mano como la que tiene Santa Teresita en las estampa, y añadió que la voz le había dicho también: "Para que el mundo reconozca que hay una intervención superior, no será necesario que te operes".

"Su madre no se atrevía a dejarla ir a la iglesia, porque eran las siete de la tarde, que, a mediados de noviembre, en una comarca tan fría de un país tan norteño, no son horas en las que un convaleciente pueda salir a la calle; pero yo resolví la duda con esta observación: "Si Santa Teresita estuvo aquí para curarte, vamos en seguida a cumplir sus órdenes".

"Eramos diez los que estábamos presentes y nos encaminamos a la iglesia, formando una pequeña procesión. La noticia corrió pronto por el pueblo, y se presentó en masa el vecindario de Konnerstuth a visitar la casa de los Neumann. Durante la noche, salió, naturalmente, el pur que había producido la apendicitis; y a la mañana siguiente, después de haber comulgado, fué Teresa a Waldsassen, para que el doctor Seild pudiese comprobar el prodigio".

R. P. Nazario Pérez, S. J.

EL ROSARIO

El altar de la Virgen se ilumina
y ante él de hinojos la devota gente
su plegaria desbaja lentamente
en la inefable calma vespertina.

Ritmos, manza la oración camina
con la dulce cadencia persistente
con que deshace el surtidor la fuente,
con que la brisa la hojarasca inclina.

Tú que esta amable devoción supones
monótona y cansada y no la rezas
porque siempre repite iguales sonos,
Tú no entiendes de amores y tristezas:
¿qué pobre se cansó de pedir dones?,
¿qué enamorado de decir ternezas?

Enrique Menéndez Pelayo..

(Continuará).

Doña EUDOXIA CASTRO DE GRILLO

Verdaderamente sentido por sus numerosas amistades ha sido el fallecimiento de doña Eudoxia O de Grillo, dama muy querida por sus grandes virtudes y por su corazón caritativo. Piadosa, supo cumplir con sus deberes de esposa modelo, madre cariñosa y amiga sincera, y es por todo ello que su partida eterna ha dejado pro-

fundamente triste a sus familiares y amigos.

Nos unimos al dolor intenso de sus distinguidos hijos, y al de sus apreciables familiares, entre los que contamos dos amigas nuestras muy queridas, doña Blanca de Ezna y doña Amalia de Espinoza. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de doña Eudoxia.

CLEMENCIA MATA BONILLA

Que dolorosa impresión nos causó la noticia de la muerte de Mencha Mata, como cariñosamente la llamábamos. Desde muy niña la conocimos, fue nuestra discípula y siempre admirábamos en ella su dulzura, su educación y su don de gente. Exquisitamente culta, siempre atenta a prodigar todas esas atenciones que solo un corazón bueno y delicado sabe prodigar. La veíamos muy a menudo en la Capilla de Nuestra Señora de Sión, iba a recibir el Pan Eucarístico que la confortaba en sus desiluciones y tristezas de la vida.

Guardaremos con cariño una oración de la Beata Francisca Javier Cabrini que nos obsequió pues ella trataba de propagar su culto y no dudamos que la confortaría en los últimos momentos, no hay nada más agradecido que los Santos en el Cielo! Nos unimos de todo corazón al inmenso dolor que aflige hoy a su distinguida hermana doña Celina de Volio e hijos, y a sus hermanos Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso del alma de Clemencia.

ORACIÓN FRAY FIDEL

EN HONOR DEL PADRE

V. Bendigamos a Dios Padre, porque escogió a María Santísima para ser su Hija predilecta.

R. Y porque su omnipotencia obró en Ella grandes cosas.

V. Alabémosle porque llenó de poder a María Santísima,

R. Y porque la ensalzó sobre todas las criaturas.

V. Glorifiquémosle porque hizo poderosa a María Santísima en el cielo y en la tierra.

R. Y porque la destinó a ser nuestra Abogada.

Os bendecimos, os adoramos y de lo íntimo de nuestro corazón os damos gracias, ¡oh Dios Padre!, por haber engrandecido tanto a la Santísima Virgen y haberla enriquecido de un poder tan admirable. Por ello seáis glorificado de todas las criaturas. Amén. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

EN HONOR DEL HIJO

R. Y porque su amor la llenó de gracia

y la adornó con todos los dones.

V. Glorifiquémosla porque la hizo trono de la sabiduría.

R. Y porque la llenó de entendimiento y ciencia prodigiosa.

V. Alabémosle porque nos dió por Madre a María Santísima.

R. Y porque la hizo maestra de santidad y espejo de virtudes.

Os alabamos, os bendecimos y os damos infinitas gracias, ¡oh Verbo de Dios! por haber escogido a María Santísima como templo de sabiduría y por haberla enriquecido con una ciencia superior a la de todas las criaturas. Recibid por ello loores infinitos de los ángeles y de los hombres. Amén. Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

EN HONOR DEL ESPIRITU SANTO

V. Glorifiquémos a Dios Espíritu Santo porque eligió por su Esposa a María Santísima.

V. Bendigamos a Dios Hijo porque eligió por su Madre a María Santísima.

R. Y porque la llenó de las dulzuras de su abrasado amor.

V. Alabémosle porque hizo a María Santísima la más dulce y misericordiosa de las criaturas.

R. Y porque llenó su alma de bondadosa compasión hacia nosotros.

V. Ensalcémosle por haber hecho a María Santísima tesotera de los bienes de la Redención.

R. Y porque por Ella fueron benditas todas las gentes.

Gracias os damos, ¡oh Dios Espíritu Santo! por haber elegido a María Santísima por vuestra Esposa, y porque llenastéis su benditísima alma de extremado amor y misericordia. Por ello os ensalzamos y con el más grande fervor deseamos que todas las criaturas os amen y os bendigan por todos los siglos. Amen.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

ORACION

Augusta y Santísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, os bendicimos, os alabamos y os damos gracias por haber honrado tanto a María Santísima, sublimándola sobre todas las criaturas, y haciéndola poderosísima, sapientísima y misericordiosísima. Os suplicamos para honor y gloria de esa Reina Inmaculada y para que resplandezca su admirable misericordia, nos otorguéis los favores que por su intercesión pedimos y, sobre todo, vuestro amor y gracia y la perseverancia final. Amén.

Fr. Fidel del Alcira

Algunas indicaciones útiles para los veraneantes

El estío plantea a los veraneantes una pregunta todos los años repetida: ¿de qué manera hay que exponerse al sol?

Al mismo tiempo de que se goza de la inmensa ventaja de los baños de sol es menester prevenirse de los inconvenientes que pueden derivarse de las exposiciones prolongadas por falta de método y del no atenerse a una progresión científica en las mismas.

El cuerpo debe ser expuesto al sol dentro de los límites que impone la decencia y untado con las substancias que para evitar las quemaduras de la piel se expenden en el comercio. Es bueno dejar constancia de que las telas de seda artificial dejan pasar los rayos ultravioleta y por lo tanto no obstruyen sus benéficos efectos.

Una progresión prudente en la permanencia bajo los rayos solares es indispensable para evitar accidentes. Al principio la exposición será de un máximo de quince minutos y sólo sobre las extremidades. Sin embargo, es bueno tomar de cuando en cuando algunos minutos a la sombra. En seguida se aumentará la duración de la estada al sol, descubriéndose cada vez más. Pero si se observa un aumento de la temperatura una hora después del baño solar, adelgazamiento o pérdida del apetito o del sueño, se deberá suspender el tratamiento helioterápico.

La cabeza permanecerá cubierta con un sombrero de paja y los ojos protegidos con anteojos especiales ahumados.

Una aplicación de agua fresca, un baño de mar o una simple ducha fría son indispensables después del baño de sol.

Los baños solares pueden ser tomados a cualquier hora del día, pero la actividad de los rayos es tanto más intensa cuanto mayor es la altura del sol sobre el horizonte. Ahora bien hay que tener en cuenta que aumentando la eficacia de los rayos con la altura del sol, así como con la limpieza de la atmósfera, el tiempo de exposición variará ligeramente.

La práctica del baño del sol provoca en la persona sana una serie de manifestaciones favorables, caracterizadas por una regularización de los sistemas psíquico y orgánico y un efecto tónico general.

La helioterapia actúa directamente sobre el sistema nervioso de la vida vegetativa estimulándolo, influye en desenvolvimiento muscular por intenso aflujo sanguíneo y por acción tónica sobre las fibras. Por otra parte la helioterapia corrige el funcionamiento de las glándulas endocrinas, fija el calcio y detiene la desmineralización. Se puede esperar igualmente de su feliz influencia la cura de la saeborrea y la del acné.

Los inconvenientes locales más frecuentes consisten en urticaria solar, excemas, herpes, pruritos, y hasta quemaduras con la consiguiente formación de ampollas.

Dr. Brair

De las 6 a las 7 de la mañana es la hora más eficaz para recibir los rayos ultravioleta.

CARLOS COLLADO MARTINEZ

Hay dolores que hieren a todos los costarricenses, sin distinción de clases sociales, y que dejan una huella de dolor en las almas muy difícil de borrar. . . la noticia de la partida eterna de Carlos Collado ha sido una de esas noticias que hieren el corazón de todos. . . y no sólo a sus padres que lo adoraban porque veían en él una esperanza para el porvenir, era como un faro cuya luz no se extinguirá jamás, que los alumbraría en esa triste vida de decepciones y de amarguras. . . un hijo verdaderamente bueno; en esos tiempos, qué difícil es encontrarlos! Carlos fué un hijo único, jamás, ni la más ligera contestación que hubiere podido herir el corazón de sus adorados padres se le escapó de aquellos labios q' solo se abrían a impulso de un corazón grande, generoso, modelo a imitar nuestra juventud tan superficial, que no se detiene a meditar en todo el amor de sus padres, en todos los sacrificios que por los hijos hacen!.. Carlos Collado fué bueno con sus amigos, con sus compañeros, con sus profesores. Y ese corazón magnánimo tenía que sucumbir como sucumben las almas privilegiadas. . . víctimas de su heroísmo . . . de su abnegación y de su amor al prójimo. Dichosos los que nacen con un corazón todo ternura, esa es la verdadera nobleza, esa es la verdadera superioridad. Jamás le fué indiferente ningún movimiento social, como lo dijo el muy ilustre Padre don José Vicente Salazar en el Templo del Carmen, quien en frases elocuentes profunda-

mente conmovido habló de toda la belleza del alma de Carlos, el Padre lloró, e hizo derramar lágrimas a todos los allí presentes, hombres, mujeres, niños, lágrimas que caían cristalinas, suaves, perfumadas de cariño sobre los despojos mortales del querido Carlos. Fué mi primer Secretario en la Acción Católica, dijo el Padre Salazar, era un hombre de acción, la indiferencia no la conoció. . . y tan joven en aquel entonces! hombre de lucha tenía que caer como caen los que son elegidos para volar a las regiones de los bienaventurados donde continuará, como faro inextinguible alumbrando la existencia de sus queridos padres y hermanos e implorará con humildad a Nuestro Padre Celestial que les dé mucha resignación. ¿Qué es la vida? un minuto q' pronto pasará. . . Carlos los espera, mientras tanto la oración humilde y fervorosa es la mejor unión de las almas. Qué bella es nuestra Santa Religión! da consuelo aún en los momentos más tristes. sufrir. llorar. esperar para luego merecer estar unidos por toda la eternidad. Los que se van no se van para siempre. viven con nuestros pensamientos imploran sus bendiciones para los que aman. Los designios de Dios son inescrutables. . . seamos humildes y abandonémos a su Santísima voluntad. Rogad a Dios por el eterno descanso del alma de Carlos, que aunque fué mártir y los mártires tienen su corona de gloria muy especial, nuestras oraciones serán nuestra mejor ofrenda de cariño. Sara Casal Vda. Quirós

Doña MARIA AUBERT DE BONILLA

Admiramos siempre esta gran dama por su virtud, era una verdadera mujer fuerte, unió su destino con el del apreciable caballero don Luis Gerónimo Bonilla y tanto su bondadoso esposo como sus apreciables hijos la veneraban porque veían en ella el ángel del hogar, sus finezas y sus cuidados todos eran para su adorado esposo, a quien cuidó con cariño de amigo, de compañero y de padre de sus hijos. Cuán pocas mujeres comprenden hoy día la elevada misión de reina del hogar, su misión era muy elevada porque era muy inteligente y comprendía que la madre lo

es todo en el hogar. Profundamente piadosa, supo inculcar en el corazón de su esposo e hijos todo el amor que sentía por el Corazón de Jesús, y dulcemente los llevó a imitarla en toda su fe religiosa. Dichosas las madres que tienen el poder de formar a sus hijos con ideales verdaderamente cristianos.

Nos unimos de todo corazón al profundo dolor de don Luis Gerónimo y al de sus afligidos hijos. Rogamos enviar oraciones por el eterno descanso de doña María.

RECETAS DE COCINA

A cargo de doña Digna Casal de Salari
Profesora de Cocina graduada en Bruselas

POLLO ENCEBOLLADO

La víspera se arregla un pollo y se frota con ajos machados, sal y pimienta; se divide en pedacitos y se coloca en una fuente de porcelana; aparte se mezcla medio vaso de los de casco de aceite, un cuarto de vaso de vinagre, medio vaso de vino tinto seco, sal, pimienta, unas gotas de salsa inglesa, con esta mezcla se baña bien el pollo y se le agregan doce cebollitas criollas, bien lavadas y enteras, laurel, tomillo, doce ciruelas sin la semilla, con una cuchara se le da vuelta al pollo para que se impregne bien del adobo. Se deja bien tapado en un lugar fresco hasta el día siguiente que se pone a cocinar a fuego lento y sin ponerle agua, hasta que esté suave, procurando al darle vueltas al pollo que no se despedace mucho y que las cebollas queden enteras. Hay que probarlo para saber si está a punto de sal y si tiene buen gusto.

HELADOS DE ALMENDRAS

Se pelan en agua hirviendo una libra de almendras se lavan muy bien y se muelen en la máquina de moler maíz echándoles gotas de agua fría.

Después de molidas se les echa un medio litro de agua fría y se pasan por un colador de manta rala. Se baten cuatro yemas de huevo con media libra de azúcar, cuando se agrega el azúcar hay que batir inmediatamente para que no se haga pelota. A esas yemas se va agregando poco a poco la leche de almendras, se pone al fuego meneándola constantemente hasta que empiece a hervir se retira del fuego y se pone a enfriar meneándola constantemente, se pone a helar en la sorbetera y se sirven. Se le pone pedacitos de cerezas conservadas, lo que le da un bonito aspecto.

PLATO FRIO PARA CENA O ALMUERZO FRIO

Se cortan tajaditas delgadas de jamón cocinado y mozzarella, huevos duros cortados en rodajas, chorizos alemanes y pepinos. En un platón

se colocan en el centro las tajadas de las diferentes clases de carne fría, se adornan con los pepinos, huevos duros y ramitas de perejil. Se hace una mayonesa bien dura y con la ayuda de adonar queques se van haciendo florecillas sobre las tajadas de carne y alrededor del platón. Este es un plato de fácil preparación y de muy bonito aspecto.

DEDOS DE SEÑORA

Tres yemas de huevos, 65 gramos de azúcar molido (más o menos tres cucharadas), 65 gramos de harina (tres cucharadas).

En una taza grande se ponen las tres yemas y se les va agregando poco a poco y batiendo el azúcar; aparte se baten las claras a punto de nieve, se echa la mitad de las claras en el batido, se mezcla despacio, luego se echa la harina cernida y se mezcla despacio, enseguida se echa el resto de las claras y se mezcla despacio, se echa esta pasta en una bolsa de manita lona en forma de cono y que tenga en la punta un embudito de lata, que venden en las ferreterías y en diferentes formas, para esto ha de ser redondo. En una cazoleta untada de mantequilla y espolvoreada de harina, se va chorreando la pasta en forma de cilindritos y se meten al horno con calor regular hasta que estén de un bonito dorado. Se sacan del horno e inmediatamente se despegan con un cuchillo y se guardan en cajitas de lata.

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

Tienda de DON NARCISO

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

¿Qué necesidades llena el Seguro de Vida?

Su familia debe seguir haciéndola frente a las exigencias de la vida, aun cuando Ud. falte. Los suyos necesitarán siempre:

- ALIMENTACION ADECUADA;
- VESTIDO APROPIADO;
- CASA CONFORTABLE
- ATENCION MEDICA;
- EDUCACION DE LOS NIÑOS

La póliza ordinaria de vida se adapta al hombre que desea proteger a su familia apartando una pequeña cantidad de sus entradas, ya que las primas que se deben pagar al Banco son muy bajas.

La póliza ordinaria de vida goza de dividendos anuales que pueden cobrarse en efectivo o acumularse al monto del seguro, y ofrece muchos otros beneficios.

Llame al teléfono 5800 o escriba a la Sección de Ventas y con gusto ampliaremos los informes y estudiaremos su caso particular.

¡Tenemos un plan de seguro para cada persona!

BANCO NACIONAL DE SEGUROS Fundado en 1924